

Research Article

Ecos de una despedida: prácticas funerarias en el Lago de Cuitzeo, Michoacán, entre el Clásico y el Postclásico Tardío

Echoes of a farewell: funerary practices in Lake Cuitzeo, Michoacán, between the Classic and the Late Postclassic periods

Allisong Michelle Villaquiran Mejía¹ , Ramiro Aguayo Haro² 

¹El Colegio de Michoacán A.C., México. ²Centro INAH Michoacán, México.

Corresponding Author: Allisong Michelle Villaquiran Mejía, Email: Allisong.villaquiran@gmail.com

Received May 2, 2025, Accepted May 30, 2025, Published June 10, 2025.

Abstract: This article examines part of the funerary contexts present in the sites near the Cuitzeo Lake basin, in the north of the State of Michoacán de Ocampo, Mexico. It takes up again those sites that have been explored by several archaeological projects, having as main reference La Nopalera, Tres Cerritos, La Barranquilla Grande, intervened within the Cuitzeo Basin Project developed between 1979 and 1996, as well as those explorations carried out in Copándaro de Galeana and La Mina, which are carried out as a result of rescue activities. These settlements have a period of occupation that spans from the Classic (200-600 A.D.) to the Late Postclassic (1200-1521 A.D.). The research focuses on understanding the funerary patterns and their temporal variations, particularly those that may have emerged with the influence of the Tarascan domination towards the Postclassic in this lacustrine environment. Methodologically, the analysis is based on information collected from primary and secondary sources, which is examined under the approach of the Archaeology of Death, which allows identifying funerary practices, such as gestures associated with the disposition of remains, types of offerings and mortuary architecture. In addition, it integrates a detailed review of previous studies and employs contextual analysis techniques that deepen the understanding of funerary rituals in the region. By addressing funerary practices in Lake Cuitzeo, this work contributes to a broader understanding of mortuary rituals in western Mexico, highlighting both their constants and the transformations that have occurred in time and space.

Resumen: Este artículo examina una parte de los contextos funerarios presentes en los sitios cercanos al vaso del Lago de Cuitzeo, al norte del Estado de Michoacán de Ocampo México. Se retoman aquellos sitios que han sido explorados por diversos proyectos arqueológicos, teniendo como principal referencia La Nopalera, Tres Cerritos, La Barranquilla Grande, intervenidos dentro del Proyecto Cuenca de Cuitzeo desarrollado entre los años de 1979 y 1996, así como aquellas exploraciones llevadas a cabo en Copándaro de Galeana y La Mina, los cuales se realizan como parte resultado de actividades de rescate. Estos asentamientos tienen un periodo de ocupación que abarca desde el Clásico (200-600 d.C.) hasta el Postclásico Tardío (1200-1521 d.C.). La investigación se centra en comprender los patrones funerarios y sus variaciones temporales, particularmente aquellas que pudieron haber surgido con la influencia de la dominación tarasca hacia el postclásico en este entorno lacustre. Metodológicamente, el análisis se basa en información recabada de fuentes primarias y secundarias, que es examinada bajo el enfoque de la Arqueología de la Muerte, el cual permite identificar prácticas funerarias, como los gestos asociados a la disposición de restos, los tipos de ofrendas y la arquitectura mortuoria. Adicionalmente, se integra una revisión detallada de estudios previos y se emplean técnicas de análisis contextual que profundizan en la comprensión de los rituales funerarios de la región. Al abordar las prácticas funerarias en el Lago de Cuitzeo, este trabajo contribuye a la comprensión más amplia de los rituales mortuorios en el Occidente de México, destacando tanto sus constantes como las transformaciones ocurridas en el tiempo y espacio.

Resumo: Este artigo examina parte dos contextos funerários presentes nos sítios próximos à bacia do Lago Cuitzeo, no norte do Estado de Michoacán de Ocampo, México. Os principais sítios de referência são La Nopalera, Tres Cerritos, La Barranquilla Grande, que foram explorados no Projeto Bacia do Cuitzeo, desenvolvido entre 1979 e 1996, bem como as explorações realizadas em Copándaro de Galeana e La Mina, resultado de atividades de resgate. Esses assentamentos têm um período de ocupação que vai do clássico (200-600 d.C.) ao pós-clássico tardio (1200-1521 d.C.). A pesquisa se concentra na compreensão dos padrões funerários e suas variações temporais, especialmente aqueles que podem ter surgido com a influência da dominação tarasca no pós-clássico nesse ambiente lacustre. Metodologicamente, a análise se baseia em informações coletadas de fontes primárias e secundárias, que são examinadas sob a abordagem da Arqueologia da Morte, o que nos permite identificar práticas funerárias, como os gestos associados ao descarte de restos mortais, os tipos de oferendas e a arquitetura mortuária. Além disso, ele integra uma revisão detalhada de estudos anteriores e emprega técnicas de análise contextual que aprofundam a compreensão dos rituais funerários na região. Ao abordar as práticas funerárias no Lago Cuitzeo, este trabalho contribui para uma compreensão mais ampla dos rituais funerários no oeste do México, destacando tanto suas constantes quanto as transformações que ocorreram ao longo do tempo e do espaço.

摘要: 本文研究了墨西哥米却肯-德奥坎波州北部库特塞奥湖盆地附近遗址中的部分陪葬品。主要参考遗址包括 La Nopalera、Tres Cerritos 和 La Barranquilla Grande。这些遗址已在 1979 年至 1996 年期间开发的库伊策奥盆地项目中进行了勘探，以及在 Copándaro de Galeana 和 La Mina 进行的勘探，这些勘探是救援活动的成果。这些居住区的占领期从古典时期（公元 200-600 年）到后古典晚期（公元 1200-1521 年）。研究的重点是了解殡葬模式及其时间变化，特别是那些可能随着塔拉斯坎统治的影响而出现的后古典时期的殡葬模式。在方法论上，分析是基于从第一手和第二手资料中收集到的信息，并根据死亡考古学的方法对这些信息进行了研究，这使我们能够确定殡葬习俗，如与处理遗体相关的姿态、祭品类型和殡葬建筑。

РЕЗЮМЕ: В этой статье рассматривается часть погребальных контекстов, представленных на стоянках вблизи бассейна озера Куицео, на севере штата Мичоакан-де-Окампо, Мексика. Основными эталонными объектами являются Ла Нопалера, Трес Серритос и Ла Барранкилья Гранде, которые были исследованы в рамках проекта бассейна Куицео, разработанного в 1979-1996 годах, а также исследования, проведенные в Копандаро-де-Галеана и Ла Мина, которые стали результатом спасательных работ. Период существования этих поселений охватывает период от классического (200-600 гг. н.э.) до позднего постклассического (1200-1521 гг. н.э.). Исследование посвящено пониманию погребальных моделей и их временных вариаций, особенно тех, которые могли возникнуть под влиянием тарасканского господства в постклассический период в этой лагуне. Методологически анализ основан на информации, собранной из первичных и вторичных источников, которая рассматривается в рамках подхода «Археология смерти», позволяющего выявить погребальные практики, такие как жесты, связанные с утилизацией останков, типы подношений и архитектура моргов.

Keywords: Cuitzeo Lake, Funerary contexts, Western Mexican Archaeology, Classic Period, Postclassic Period.

Palabras clave: Lago de Cuitzeo, Contextos funerarios, Arqueología del Occidente de México, Periodo Clásico, Periodo Postclásico.

Palavras-chave: Lago Cuitzeo, contextos funerários, arqueologia do oeste do México, período clássico, período pós-clássico.

关键词: 奎策奥湖、殡葬背景、墨西哥西部考古、古典时期、后古典时期。

Ключевые слова: озеро Куицео, погребальные контексты, археология Западной Мексики, классический период, постклассический период.

La muerte, tan poética porque afecta a las cosas inmortales, tan misteriosa debido a su silencio, debía tener mil maneras de anunciarse.
Chateaubriand (Aries, 1975: 15).

Introducción

El Lago de Cuitzeo, ubicado al norte del estado de Michoacán, destaca por su importancia arqueológica debido a su posición estratégica y la complejidad social de los asentamientos prehispánicos en sus alrededores. Aunque actualmente se encuentra afectado por la desecación, este lago, el segundo más extenso de México, fue durante milenios un corredor ecológico, un recurso vital para diversas comunidades y un núcleo de significación ritual. Su entorno ofrecía recursos lacustres, tierras fértiles —aún empleadas para la agricultura— y un sistema natural de comunicación y comercio, lo que lo convirtió en un punto de confluencia cultural en Mesoamérica. Las ocupaciones humanas en este escenario se han documentado desde aproximadamente el 3500 a. C. con la aparición de los primeros restos de polen de maíz, pero no es sino hasta el periodo formativo (650 a.C.-100 d.C.) en el que aparecen ya las primeras sociedades organizadas, manteniendo una fuerte ocupación hasta el Postclásico (900-1521 d.C.). Durante este tiempo, la región estuvo habitada por comunidades que desarrollaron complejas tradiciones ceremoniales y prácticas funerarias, las cuales han sido objeto de múltiples investigaciones arqueológicas.

El interés académico por Michoacán se remonta al siglo XIX (Plancarte, 1893), pero básicamente las investigaciones sistemáticas en el Lago de Cuitzeo comenzaron en la década de 1970 (Macías, 1990a). Un antecedente clave fue el trabajo de José Corona Núñez en 1932, quien identificó sitios como Tres Cerritos y Huandacareo, aportando las primeras evidencias de ocupación cultural en la región (Moguel, 1987: 11). Posteriormente, en 1943, Elma Estrada y Rubín de la Borbolla realizaron excavaciones en la exhacienda de Bartolilla, Zinapécuaro, donde encontraron ofrendas funerarias, herramientas de obsidiana, piezas cerámicas y artefactos metálicos. Estos hallazgos permitieron delinear una cronología relativa de ocupación para el sitio, que abarca desde el Epiclásico (600-900 d.C.) hasta el Postclásico (900-1521 d.C. (Macías, 1997a: 480).

En 1977, las investigaciones cobraron un nuevo impulso con las excavaciones de Angelina Macías Goytia en La Nopalera, Huandacareo (Macías 1990a: 27). Este proyecto, enfocado en mitigar el saqueo y documentar las estructuras existentes, reveló un conjunto arquitectónico compuesto por montículos y plataformas orientados a actividades ceremoniales (Macías, 1990a: 42). Entre los hallazgos más destacados figura una Yácata en forma de "T" (Aguayo, 2019) y diversos contextos funerarios con material cultural tarasco (Macías, 1990a), lo que permitió identificar el sitio como un centro ceremonial vinculado a los intereses del estado Purépecha, la cual dominó políticamente Michoacán hacia el Postclásico tardío (1200-1521 d.C.).

Durante la década de 1990, el Proyecto Cuenca de Cuitzeo (Macías, 1997a) se centró básicamente en la liberación y exploración de las estructuras de Tres Cerritos, (Macías, 1997b), así como una única temporada de exploraciones en La Barranquilla Grande (Macías-Goytia, 1998). En estos lugares se identificaron patrones arquitectónicos que datan de diversos periodos previos a la llegada de aquellos grupos ligados con el lago de Pátzcuaro durante el Postclásico, además de que se recuperaron diversas ofrendas funerarias, reforzando la hipótesis de su función ceremonial. Las excavaciones documentaron contextos funerarios con una amplia variedad de materiales, destacando la práctica de entierros en las estructuras que ya habían sido abandonadas, lo cual dejó entrever un *hiatus*, el cual se documenta hacia las proximidades del 1000 d. C. y los inicios de la fase Tariácuri (1350-1521 d. C.).

Si bien puede pensarse que la variación entre patrones arquitectónicos entre los sitios antes mencionados puede ser un tema significativo, esto es, edificios de planta cuadrangular presente en Tres Cerritos y La Nopalera frente a una edificación de planta circular observado en La Barranquilla Grande, esta diversificación no precisamente data del Postclásico, sino que más bien esta discusión se remonta a periodos más tempranos. En el caso de la reutilización como espacios de enterramiento, es notorio que los cuerpos fueron colocados sobre muros colapsados o bien entre los escombros, esto es sobre las fases constructivas más tempranas, lo que se explica como resultado de una intrusión. Por otro lado, en regiones como el Bajío, es sabido la coexistencia de sitios con presencia de plantas arquitectónicas circulares y aquellos en los que se cuenta con elementos como el patio hundido (Aguayo, 2017).

Las prospecciones realizadas por Moguel (1987) y Pulido et al. (1996) durante la construcción de obras de infraestructura petrolera y carretera que atravesaron la cuenca de Cuitzeo, contribuyeron significativamente al desarrollo de la secuencia cerámica regional y proporcionaron información clave sobre la transición cultural local desde el Formativo (650 a.C.-200 d.C.) hasta el Postclásico (900-1521 d.C.). Estos estudios permitieron identificar áreas residenciales y ceremoniales que evidencian una creciente complejidad social, reflejando una adaptación continua al entorno lacustre. De acuerdo con Pulido et al. (1996) también los materiales indican la influencia de otras regiones, sugiriendo que Cuitzeo funcionaba como un nodo de intercambio interregional, vinculado tanto al Altiplano Central como a la costa del Pacífico. Esta hipótesis fue reforzada por Filini (2013), quien no sólo destacó una homogeneidad cultural en la cuenca, sino que además resaltó momentos de interacción significativa con Teotihuacán durante el Clásico y con los tarascos en el Postclásico.

Un aporte menos mencionado es la intervención de Ramiro Aguayo Haro del Centro INAH Michoacán en el sitio La Mina, localizado en Álvaro Obregón un asentamiento que ha sido gravemente afectado por el saqueo en el área. La intervención se da como resultado de la atención de una denuncia de afectación a contextos funerarios producto

de la construcción de una barda perimetral en una escuela telesecundaria, en donde se realizó el hallazgo de al menos siete individuos recuperados acompañados por igual número de ejemplares de perros (Aguayo & Quiroz, 2020: 5). Este descubrimiento permitió ampliar el entendimiento de la variabilidad en los patrones funerarios presentes en la región del Lago de Cuitzeo, además de que fue posible fecharle mediante arqueomagnetismo, teniendo como fechas posibles entre el 650 y 750 d. C. (Gogichaishvili, 2017) esto es en el momento en el que la región experimenta un florecimiento importante, y que además los nexos con Teotihuacán quedaron atrás, pero al parecer se intensifican las relaciones con el Bajío.

Las investigaciones hasta ahora han brindado datos valiosos sobre los patrones de asentamiento en esta región lacustre. Según los estudios de Filini (2013), Moguel (1987) y Pulido et al. (1996), se observa una notable centralización en sitios con arquitectura monumental durante el periodo Clásico, seguida por una disminución demográfica hacia el Epiclásico y un leve incremento poblacional en el Postclásico. Sin embargo, el número limitado de excavaciones contrasta con la alta densidad de sitios arqueológicos registrados en torno al lago - más de dos centenas-, lo que deja áreas clave aún poco exploradas.

En particular, la investigación sobre patrones funerarios, prácticas rituales y cosmogónicas, y su manifestación en el material cultural, sigue siendo limitada. Esto genera restricciones interpretativas que dificultan una comprensión completa de la vida social en los asentamientos prehispánicos de esta región lacustre. Partiendo de estas lagunas, el presente artículo plantea la pregunta: *¿Qué variabilidad en los patrones funerarios puede observarse en el Lago de Cuitzeo a partir de los contextos mortuorios documentados?*

Para abordar esta cuestión, se examinan los hallazgos mortuorios de La Nopalera, Tres Cerritos, Barranquilla Grande, Copándaro y La Mina, con el objetivo de identificar y analizar los gestos funerarios y sus posibles transformaciones desde el periodo Clásico hasta el Postclásico. Se busca destacar los cambios derivados de la creciente influencia tarasca y aportar al entendimiento de los rituales sepulcrales en el Occidente de México. Este análisis se realiza mediante una revisión de fuentes primarias, como informes de excavación y registros fotográficos, así como la comparación con excavaciones en áreas como las cuencas de Zacapu y Pátzcuaro. Finalmente se complementa con fuentes secundarias, empleando un enfoque de triangulación metodológica.

De este modo, el artículo aspira a contribuir al estudio de las prácticas funerarias en esta región, profundizando en la comprensión de las estructuras sociales, valores simbólicos y prácticas rituales de las sociedades prehispánicas locales. En última instancia, se busca destacar que el Lago de Cuitzeo, lejos de ser solo un recurso geográfico, fue un espacio de interacción cultural que refleja dinámicas de poder, economía y ritual, ofreciendo perspectivas clave para entender la organización social en el Occidente de México.

Huellas de un pasado distante: la interdisciplinariedad en el estudio de la muerte en sociedades prehispánicas

El estudio de las prácticas funerarias en las sociedades pretéritas ha sido un eje fundamental desde los inicios de la disciplina arqueológica (Rodríguez & Ferrer, 2018). Esto se debe, en gran medida, a que el registro funerario constituía una parte importante del registro arqueológico, proporcionando una significativa cantidad de datos y materiales recuperados. Al analizar los elementos de la cultura material presentes en los espacios mortuorios, es posible identificar un entramado de significados asociados a la percepción del más allá y al rol que distintos individuos ocupaban dentro de su estructura social.

Sin embargo, la consolidación teórico-metodológica de este campo surgió a finales de los años sesenta del siglo XX, cuando se estableció como una especialidad dentro de la arqueología (Chapa, 2006: 26). Esta nueva perspectiva se enfocó en el análisis e interpretación de los restos vinculados al mundo funerario. Posteriormente, con la irrupción de la Nueva Arqueología, se renovó el interés por examinar cómo las estructuras sociales y económicas influían en las prácticas mortuorias (Chapa, 2006: 27). Bajo esta perspectiva, la metodología de la ahora denominada "Arqueología de la Muerte" se tornó más ágil e interdisciplinaria, favoreciendo interpretaciones más enriquecedoras y matizadas de los restos humanos y su contexto cultural.

Desde esta óptica, el estudio de los contextos funerarios implica concebir la cultura material como un sistema de relaciones objeto-significado, que puede ser comprendido a través de conceptos como agencia material y objeto distribuido (Rodríguez & Ferrer, 2018: 103). En este marco, los objetos no solo son evidencias materiales; también actúan como agentes en los procesos sociales, al distribuir las acciones humanas y los significados que representan (Rodríguez & Ferrer, 2018: 106). Esta noción de *material agency* ha permitido a la arqueología contemporánea replantear las maneras de interpretar los objetos, integrando perspectivas renovadas que habían sido desestimadas en los enfoques positivistas de la arqueología científica.

El desarrollo de la Arqueología de la Muerte ha ampliado, así, la comprensión de los contextos funerarios al posicionar la cultura material como un componente activo en la configuración de las relaciones sociales. Este enfoque, nutrido por la perspectiva de la agencia material, permite analizar los restos funerarios no solo desde su función inmediata, sino también desde los roles simbólicos y sociales que reflejan dentro de su entorno cultural.

De esta forma, el análisis interdisciplinario de la cultura material en las prácticas mortuorias no solo enriquece la metodología arqueológica, sino que también redefine los enfoques interpretativos, proporcionando lecturas más complejas sobre las creencias, jerarquías y estructuras sociales de las sociedades antiguas. Así, se supera la visión restrictiva del pasado, abriendo paso a una comprensión más integral de la vida y la muerte en las culturas pretéritas.

Más allá de los postulados que se nutren de diversas disciplinas, la metodología en esta línea de la Arqueología

evidencia la cooperación interdisciplinaria que se puede establecer en el estudio de la muerte en el pasado. Con la incorporación de la Nueva Arqueología, surgieron nuevas posibilidades interpretativas en este ámbito. Entre los planteamientos que se volvieron determinantes destacan: el interés por la referencia espacial de los objetos y estructuras funerarias, así como su relación con espacios más amplios (aproximaciones micro, meso y macro, siguiendo a O'shea, 1984); la mejora en los sistemas de clasificación y tratamiento de datos; la interpretación social de los restos funerarios; y la integración de sistemas analíticos, como estudios tecnológicos y económicos (Chapa, 2006: 28).

Una de las disciplinas que más ha colaborado con la Arqueología de la Muerte es la Antropología Biológica, desde la cual se han formulado propuestas metodológicas clave para interpretar contextos sepulcrales. Un ejemplo significativo es la propuesta de Henri Duday (1997), quien destaca la importancia de determinar si un depósito de restos humanos tiene un carácter intencional, es decir, si puede considerarse un contexto sepulcral. Este enfoque permite una comprensión más adecuada del fenómeno social que representa.

Duday (1997) plantea el análisis de los *gestos funerarios*, divididos en tres categorías: prácticas preparatorias, prácticas sepulcrales y prácticas postsepulcrales. Las prácticas preparatorias comprenden los tratamientos realizados al cuerpo antes de su depósito; las prácticas sepulcrales incluyen actividades relacionadas con la protección y ritualización del deceso, tales como la elaboración del receptáculo funerario, la disposición y orientación del cuerpo, los objetos que lo acompañan y las ceremonias post mortem. Finalmente, las prácticas postsepulcrales abarcan acciones como la reapertura de la tumba, el traslado de restos, la reducción, y la descarnación activa o pasiva, entre otras.

Este enfoque metodológico será adoptado en el presente artículo, integrado con las aproximaciones espaciales propuestas por John M. O'Shea (1984). Según este autor, la observación espacial se organiza en tres niveles: macro, meso y micro. La observación macro se centra en la localización de las áreas de depósito en relación con los espacios socialmente definidos, abarcando el análisis del sitio y la ubicación de los entierros dentro del asentamiento. En el nivel meso, se examina la variación espacial dentro de la zona de deposición, mientras que el nivel micro se enfoca en las características específicas de cada entierro o unidad de deposición (O'shea, 1984: 39-41).

Estrategias Metodológicas para el Estudio de los Contextos Funerarios: Análisis comparativo de contextos funerarios

El presente artículo se basa en un análisis cualitativo, apoyado en una metodología de recolección de datos propia de la disciplina histórica. Este enfoque incluye la consulta de archivos para la obtención de fuentes primarias (documentos originales que ofrecen testimonios directos de los sucesos) abordadas desde una perspectiva crítica y hermenéutica. Dichas fuentes se sometieron a triangulación y contrastación con fuentes secundarias, con el fin de lograr una reinterpretación de los datos contextuales. Como resultado, se dio también una relectura de los contextos funerarios, pues es justamente en éstos en los que se identifican variaciones o bien continuidades en las maneras de disponer los cuerpos.

Las fuentes consultadas consistieron principalmente en informes técnicos de proyectos arqueológicos, catálogos de materiales, fotografías y registros de campo (planos, mapas y notas). Estos documentos facilitaron la caracterización de los contextos funerarios y aseguraron la coherencia de las interpretaciones cronológicas de los sitios, confirmando las fases de ocupación. El objetivo principal fue identificar las variaciones en los gestos funerarios en los distintos asentamientos alrededor del Lago de Cuitzeo.

Los datos obtenidos se sometieron a triangulación de fuentes, una técnica que permite comparar información proveniente de diferentes orígenes. En este caso, los datos de archivo fueron confrontados con información de la Relación de Michoacán (Alcalá, 2019), secuencias cerámicas, tipologías metalúrgicas y patrones arquitectónicos de los sitios estudiados, así como con interpretaciones previas realizadas por diversos autores, incluyendo a Aguayo Haro y Quiroz Castañón.

En cuanto a la selección de sitios, se optó por aquellos con mayor disponibilidad de información en lo que al registro de contextos funerarios se refiere, teniendo como marco geográfico las márgenes del lago de Cuitzeo. Para este estudio se analizaron: La Nopalera, Tres Cerritos, Barranquilla Grande, Copándaro y La Mina (Figura 1; Tabla 1). Estos sitios constituyen una muestra representativa debido a la cantidad de entierros registrados, la singularidad de los objetos hallados y las dinámicas funerarias observadas. Además, abarcan un amplio marco cronológico, desde el periodo Clásico hasta el Postclásico Tardío, lo que permite analizar las variaciones en las prácticas mortuorias a lo largo del tiempo. Esta selección destaca por su potencial para evidenciar patrones funerarios y las influencias culturales asociadas, como la expansión tarasca.

Gestos funerarios en el Lago de Cuitzeo: Una aproximación descriptiva a las costumbres sepulcrales

La ocupación en la región del Lago de Cuitzeo ha sido continua desde el periodo Formativo, aunque presenta variaciones específicas en cada asentamiento, incluyendo períodos de abandono y reocupación cuya causa aún no se ha logrado identificar por completo (Pulido Méndez et al., 1996: 37) aunque es factible que alteraciones en los patrones de lluvias sea un eje clave, puesto que en la región del Bajío, los trabajos de Domínguez (2017: 39) indican importantes periodos de sequía que le sobrevienen luego de un momento de en qué las condiciones climáticas eran

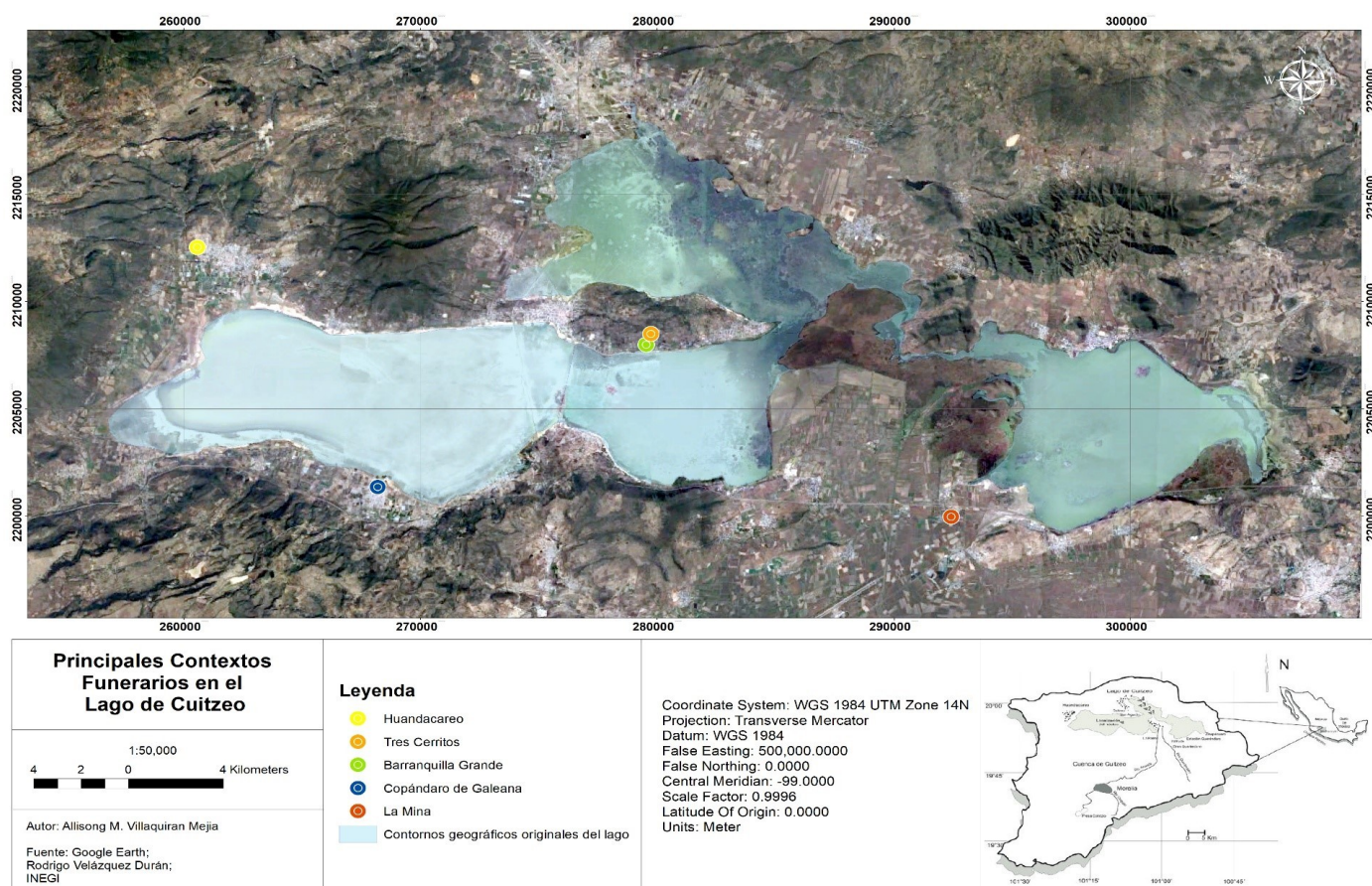


Figura 1. Asentamientos prehispánicos abordados durante la revisión de los contextos funerarios.

más favorables. De este modo, en sitios como resulta más que evidente La Nopalera, un periodo de desocupación entre los años 900 y 1350 d.C. (Aguayo, 2019).

Este asentamiento, situado al noroeste del lago en Huandacareo, fue investigado en la década de 1970 por Angelina Macías (1990a), quien identificó un área monumental de aproximadamente 200 metros de extensión. Esta área incluye una plaza hundida, una Yácata de planta en "T" y varias estructuras cuadrangulares (Figura 2). Entre los elementos más destacados se encuentra el denominado "Patio de las Tumbas", un recinto delimitado por un muro perimetral, utilizado para la inhumación de los difuntos.

El análisis de la arquitectura y cerámica indica que la ocupación tardía del sitio corresponde a una reocupación por grupos tarascos (Aguayo, 2019), posiblemente durante la fase Tariácuri, en el periodo de expansión tarasca (Pollard, 1993). Por otro lado, las primeras etapas constructivas de Huandacareo parecen pertenecer al periodo Clásico y Epiclásico, como lo sugiere la presencia de arquitectura tipo patio hundido y cerámica de la fase Loma Alta II, identificada en algunos entierros del Patio de las Tumbas (Aguayo, 2019).

A lo largo de las temporadas de exploración en La Nopalera, la arqueóloga Macías (1990a: 141) documentó 91 entierros. Como señalábamos anteriormente, básicamente las tradiciones funerarias corresponderían con aquellos miembros de las élites de los pueblos que fueron conquistados durante el postclásico, y evidentemente la presencia de los grupos de conquistadores.

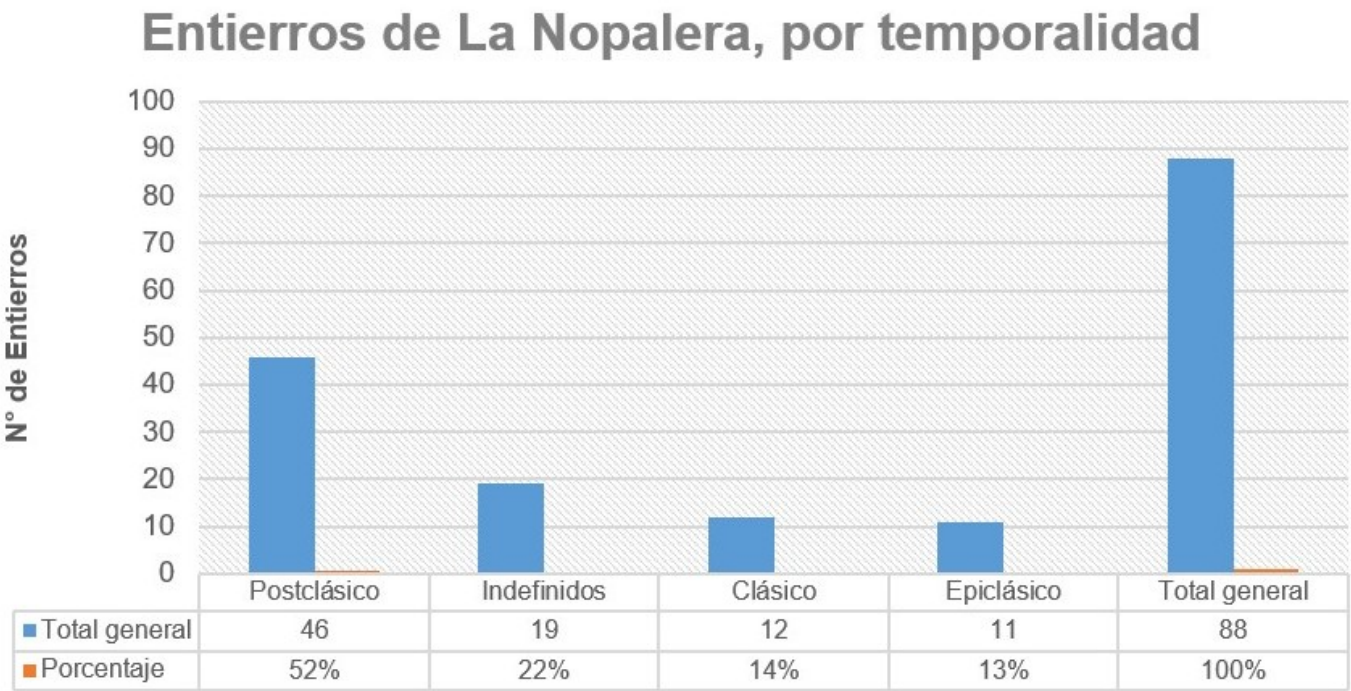
Cabe precisar que durante mucho tiempo esta narrativa se ha mantenido vigente, no obstante, existen elementos que sugiere una mayor complejidad social que abarca fases más tempranas. Como señalábamos en un inicio, la revisión de las notas de campo, así como el archivo fotográfico generado por las excavaciones de La Nopalera, nos facilitó el acercamiento a cada uno de los entierros registrados. Lamentablemente debemos de resaltar algunas de las limitantes a las cuales nos enfrentamos, esto es que no siempre la información gráfica es la adecuada, pues se carece de dibujos o bien los ángulos de las tomas fotográficas facilitan una nueva lectura o bien las descripciones son muy detalladas, por lo que hemos optado por la revisión de los objetos que los acompañaban como parte de los ajueres u ofrendas.

Uno de los inconvenientes que observamos al producir una nueva lectura de los contextos funerarios a



Figura 2. Vista aérea del principal conjunto arquitectónico del sitio de La Nopalera (Foto: Ramiro Aguayo Haro).

Tabla 1. Entierros de La Nopalera por temporalidad (Fuente: Elaboración propia con datos del archivo del INAH Michoacán).



partir de los archivos generados por el Proyecto Cuenca Cuitzeo, es que en el caso de La Nopalera no todos los entierros cuentan con un registro fotográfico detallado o en algunos pocos casos es inexistente. Es aquí en donde los listados publicados por Macías (1990a y 1997b) complementan la información faltante. No debemos omitir ciertas limitantes que detectamos al momento de realizar este ejercicio, esto es el descuido en control estratigráfico, lo que implicó en ciertos casos la mezcla de materiales, generando con ello una interpretación sincrónica de algunos de los entierros, no obstante, los artefactos parecen indicar que no necesariamente son contemporáneos (Macías, 1990a: 210). Es justamente la diversidad en lo que, a manifestaciones funerarias, así como la asociación con sus materiales arqueológicos que le acompañan, lo que no permite entender los cambios sociales (Tabla 1).

A partir de los objetos que acompañaban a los difuntos es posible establecer una primera división cronológica; pero, cabe precisar que la falta de fechamientos absolutos nos limita en gran medida a contar con fases más exactas por lo únicamente nos limitaremos a colocar en la medida de lo posible en las fases regionales de Zacapu (Michelet et al., 2005), Pátzcuaro (Pollard, 1992) y Zinapécuaro (Hernández, 2006). De este modo, como se observa en la Tabla 1, la mayoría de los entierros datan del Postclásico, con cerca de 46 de ellos, mientras que las sepulturas del Clásico y Epiclásico les siguen en número. Respecto a la Categoría “indefinidos” se precisa que no fue posible determinar su posición cronológica debido a la falta de registros detallados o bien por la ausencia de elementos diagnósticos.

Básicamente podemos dividir los tipos de entierros en dos categorías: directos, esto es aquellos colocados en sobre el suelo, e indirectos, los cuales fueron colocados en tumbas ya sea excavadas directamente sobre el suelo o bien mediante la construcción de cistas. Podríamos señalar una tercera categoría en la que se incluyen aquellos segmentos óseos que forman parte de una ofrenda, no obstante, al tratarse de huesos ranurados convertidos en artefactos no necesariamente estaríamos hablando de un entierro propiamente sino de una reutilización de los huesos ya sean aquellos huesos de las extremidades que fueron ranurados o bien el uso de cráneos colocados como ofrendas largas y su posterior colocación en contexto arqueológico.

De este modo, los entierros que datan del periodo Clásico básicamente corresponden a aquellos colocados en las cistas emplazadas en el llamado Patio de las Tumbas, espacio en el que se colocaron al menos 6 personas colocadas de manera extendida en tumbas individuales acompañados de una ofrenda extensa (Figura 3). A partir de los diseños estilísticos en la cerámica, es que se documenta que esta práctica funeraria se mantuvo vigente entre los años 250 y 600 d. C., esto es las fases Loma Alta 1 y 2 de la Cuenca de Zacapu, además de que en algunos de estos entierros se pueden localizar algunos diseños cerámicos, así como elementos exógenos como navajillas de obsidiana de Sierra de las Navajas y elementos de piedra verde proveniente de Guatemala. Es posible que estos objetos llegaran a La Nopalera vía Teotihuacán, en parte ya sea por rutas comerciales o bien por la existencia de una comunidad michoacana presente en la urbe.

Notoriamente las personas ahí sepultadas corresponden a individuos de un estatus social elevado. Así mismo, dentro de sus ajueres se distinguen elementos de parafernalia relacionados con la deidad acuática, tal es el caso la presencia de anteojeras de de concha colocadas a la altura de los ojos. De acuerdo con Filini, estas insignias son indicativo de la divinidad de la lluvia, así como de los personajes liados a su culto posiblemente guerreros (Filini, 2010: 96), aunque no descartaríamos la posibilidad de que se traten de sacerdotes. No obstante, existen otros atributos que complementan la iconografía de la divinidad de la lluvia en Teotihuacán, esto es la bigotera y colmillos (Werm y Helke, 2012: 9), aspectos que no se detectaron en los entierros de La Nopalera.



Figura 3. Entierro en Cista de La Nopalera (Archivo INAH Michoacán).

tumbas de escalón y tiro del occidente, al parecer esta variación parece más un sistema de enterramiento común durante el periodo clásico. Así mismo, hay que recordar que, al menos en los casos reportados en El Opeño, este tipo de enterramientos por lo regular correspondían a sepulturas colectivas que se mantuvieron en uso durante un periodo prolongado, lo anterior se indica por las evidencias de reutilización constante. Al parecer los individuos fueron depositados de manera individual, lo que se tradujo en la desarticulación de aquellos cuerpos más antiguos generando con ello importantes osarios muy probablemente ligados al concepto de los antepasados (Oliveros, 2009: 170), aspecto que se mantiene vigente en sitios como Tingambato, Guadalupe, Urichu y Tres Cerritos.

Antes que ser un caso aislado, el entierro 37 pareciera pertenecer a una tradición funeraria que ha sido documentada en la región de Zacapu o incluso en la propia Teotihuacán. De acuerdo con Pereira, en la primera de ellas, se tiene el registro de las llamadas sepulturas en nicho, en las que básicamente se excavaba una cámara que servía para el depósito del cuerpo y su ofrenda para luego ser tapada mediante la colocación de lajas. Cabe precisar que este patrón funerario que se ha documentado en los sitios de Guadalupe y Loma Alta, siendo datadas entre los años 0-350 d. C. (Pereira, 1997: 71). Por otro lado, en el barrio zapoteco de Teotihuacán se tiene el reporte de una tumba excavada cuya morfología es en cierto modo similar a las antes descritas, esto es la presencia de un pequeño tiro de aproximadamente 1.40m de profundidad que conecta con una bóveda excavada en el tepetate mediante un pequeño escalón (Gómez & Gazzola, 2002: 117). Lamentablemente, esta sepultura fue removida en tiempos de los aztecas, por lo que poco se sabe sobre quién o quiénes la ocuparon (Gómez, 2002: 578). Sin embargo, la presencia de este entierro en un espacio en el que se ha documentado la presencia de personajes provenientes de Michoacán viene a relucir, además de que se tiene documentado que este espacio se mantuvo en

Otro dato para resaltar es la presencia de metates colocados al interior de algunas de estas tumbas. Muchos de estos artefactos, denotan la presencia de restos de un pigmento de color rojo, cuyas características parecen corresponder con un polvo de óxido de hierro o hematita (Robles Camacho, comunicación personal). No se descarta fuese utilizado como pintura corporal, práctica que se ha registrado en distintas áreas de Mesoamérica y que al parecer tenía un importante simbolismo (Vázquez de Agredos, 2009: 64; Vázquez de Agredos, et al., 2018: 34). Lamentablemente la falta de los restos bioarqueológicos nos limita a un nuevo análisis por lo que únicamente inferimos que dentro de los preparativos que rondaron al enterramiento del cuerpo implicaron el pintar de color rojo a los difuntos, quienes seguramente llevarían un atuendo que implicaba el uso de las anteojeras, en cierta medida a modo de emular los atributos de la deidad de la lluvia del clásico.

Dentro de este mismo grupo de entierros indirectos, se incluye al Entierro 37 (Figura 4), del cual de acuerdo con Macías se indica que data del periodo tarasco, lo anterior debido a la presencia de un cajete trípode (el cual podemos identificar como propio de la fase Tariácuri) y que además el tipo de sepulcro corresponde con una variación de las tumbas de tiro características del Occidente de México (Macías, 1990a: 196). Al comparar la morfología de la tumba como los materiales cerámicos localizados en el entierro 37 de La Nopalera, nos damos cuenta de que algunos de los diseños cerámicos corresponderían con la cerámica de la fase Loma Alta II. No obstante, la presencia de la vasija trípode tarasca, pareciera estar relacionada con el segundo entierro, el cual parece ser más bien de índole secundario indicando así una reapertura y colocación de una nueva ofrenda.

Si bien hay una cierta similitud entre la morfología de las



Figura 4. Entierro 37 de la Nopalera (Archivo INAH Michoacán).

uso entre los años 250 y 650 d. C. es decir contemporáneo con los ejemplos michoacanos.

Ya para el Epiclásico, se aprecia una serie de cambios relevantes en los sistemas funerarios. En términos generales, se puede señalar que esta diversificación es notoria hacia más allá del 600 d. C. momento en el que se establecen nuevas relaciones regionales producto de la caída de Teotihuacán. En La Nopalera de los diseños cerámicos del Bajío, primordialmente con los tipos Cantinas rojo-naranja/bayo, así como algunos diseños incisos, dos de las tres tradiciones cerámicas propias del Epiclásico en El Bajío (Pomedio, 2016: 41). Esta combinación de estilos cerámicos, son identificados por Hernández dentro de la llamada Fase Perales entre los años 700-900 d. C. (Hernández, 2006: 323). Durante esta fase, los cuerpos son depositados de manera individual mientras que la ofrenda es colocada principalmente a la altura de la cabeza o espalda (Figura 5).

A partir de los materiales que componen a las ofrendas, se han identificado al menos 8 entierros datan de este periodo, de los cuales se aprecia una mayor predilección por la posición decúbito lateral derecho flexionada con 4 casos. Es posible que el acomodo de los cuerpos sea resultado de la elaboración de fardos mortuorios, en las que se debió de utilizar al menos un tipo de textil o bien atando el cuerpo mediante el uso de una cuerda, sin embargo, de ser así, debieron de usarse materiales perecederos de los cuales ya no están presentes en el contexto arqueológico. Sin embargo, es notorio que se debió de realizar una manipulación del difunto, ya sea de manera previa a que se presentara la rigidez muscular, esto es un periodo de unas pocas horas luego del fallecimiento, o bien tuvieron que esperar a que éste desapareciera varios días después.

Lamentablemente lo que observamos en contexto arqueológico es resultado de un ritual ya consumado, por lo que carecemos de indicadores para señalar su duración.

Si bien existen al menos otros cuatro entierros en los que los materiales datan del Epiclásico, lo cierto es que los registros y notas de campo no son tan detallados, además de que generan ciertas dudas si es que no se trata de una intrusión de materiales o bien se mezclaron durante las exploraciones.

La evidencia arqueológica regional denota un periodo de abandono importante, el cual parece tener sus orígenes hacia el primer milenio y no es sino hasta varias centurias después que el territorio nuevamente es reocupado. En este sentido, el sitio de la Nopalera se convierte en un centro administrativo de segundo orden de acuerdo con Pollard (2004: 127). Es durante esta fase que el sitio adquiere la forma que actualmente conocemos, esto es la construcción de la Plaza Este y se edifica una Yácata de planta en "T" sobre los vestigios del patio hundido.

Los entierros del Postclásico cuantitativamente hablando representan la mayor parte de los que fueron excavados en el sitio y se caracterizaron por una variación importante, y en algunos casos fueron agrupados y colocados por capas, además de la aparición de objetos de metal, esto es cascabeles, agujas y pinzas de cobre, entre otros, así como por un notorio cambio en las formas cerámicas (Macías, 1990a).

Es en esta fase donde se observa una mayor variación de los sistemas funerarios, así como del uso de elementos óseos como ofrendas. Para esta etapa se distinguen dos áreas donde se concentraron las áreas de enterramiento, reflejando también algunas variaciones. Por un lado, se encuentra el llamado Pozo 1, espacio que en realidad corresponde a un crecimiento al interior del patio hundido una vez que el sitio fue reocupado, y que corresponde a la parte posterior de la yácata en "T" cuya fachada quedaría orientada hacia la plaza este.

De este modo, en este espacio se depositaron los restos de al menos 41 individuos. De acuerdo con Macías, la presencia de esta concentración se explicaba como resultado de la expansión del corredor (Macías, 1990a: 207), esto es como resultado de un mismo evento, teniendo como posibilidad de que quienes fueron ahí sepultados fuesen sacrificados ya sea por conquista o que pertenecieran a cierto sector de la sociedad tarasca (Macías, 1990a: 210). Sin embargo, existen elementos que nos llevan a plantear que no necesariamente estamos ante un único episodio, sino que en realidad la variación en las prácticas funerarias puede denotar varios momentos.

De este universo, podemos señalar que al menos 8 de ellos corresponden a concentraciones de huesos, muy probablemente entierros que sufrieron un reacomodo que seguramente se colocarían a modo de ofrenda



Figura 5. Ejemplo de entierros flexionados del Epiclásico (Foto: Archivo INAH Michoacán).



Figura 6. Entierro 42, excavado al interior del Pozo 1. Nótese el acomodo de las piedras alrededor del cuerpo, lo que parece indicar una cista para colocar al individuo (Foto: Archivo INAH Michoacán).

fundacional, destacando algunos casos como el entierro 3, el cual corresponde a un cráneo con evidencias de decapitación, o bien que al menos 4 de ellos fueron colocados de manera irregular dentro de los escombros. No obstante, en este espacio se reportan varios individuos colocados en distintas posiciones lo que denota una planificación en su entierro, particularmente en posición fetal o extendida, e incluso los registros fotográficos denotan una preparación del espacio para su acomodo. De este universo, los registros fotográficos nos indican que al menos dos de ellos parecen haber sido colocados en una cista, esto es el caso del entierro 17, un individuo colocado en posición decúbito ventral flexionado, mientras que el entierro 42 notoriamente se observa una serie de roca acomodadas en su alrededor (Figura 6).

Por otro lado, en el llamado Patio de Las Tumbas, existen por lo menos tres concentraciones de entierros, esto es los entierros 56 (4 individuos), 59 (3 individuos) y 60 (dos

individuos) haber sido colocados a manera de “capas” esto es un agrupamiento encima de otro. Como lo observamos en el sitio de La Barranquilla Grande (Aguayo y Quiróz, 2020), es posible que estos personajes formaran parte de un mismo grupo familiar (Figura 7).

Destaca el hecho de que ambas agrupaciones se relacionan con los restos de una estructura cuadrangular cuyos bloques denotan una gran calidad en su manufactura, por lo que notoriamente estamos ante un espacio que de un modo los mantiene separados del resto. La falta de indicadores arqueológicos sobre el elemento arquitectónico de un modo nos impide contar con más datos al respecto, esto es si se trata de los restos de una unidad doméstica o bien de espacio complementario a las funciones del templo. En la Relación de Michoacán, en su capítulo XXV, se señala que los templos implicaban por lo menos tres construcciones complementarias, esto es la llamada casa de los papás, la casa del águila, la cual servía para elaborar las salvas de los dioses, así como una toje donde se guardaban los atavíos (Alcalá, 2019: 131).

Por otro lado, los reportes de excavación señalan la existencia de restos carrizo asociados en los entierros 41, 44 y 72, al parecer la presencia de elementos de cobre facilitaron su conservación, indicado que los cuerpos pasaron por un procedimiento de amortajamiento. Al revisar los registros, notamos que el primero de ellos, presentaba una posición decúbito lateral izquierdo flexionado, mientras que los dos restantes fueron colocados de manera extendida y boca lo que parece ser algo común durante el postclásico en el sitio. Indudablemente el envolvimiento del cuerpo es una etapa trascendental en los preparativos de la muerte, pues no sólo indica un tiempo y una serie de procedimientos para desarrollar antes de la sepultura, además de que nos lleva a plantear la posibilidad de que dentro del grupo existieran personajes que desarrollaban esta tarea, por lo que era necesario contar con los insumos requeridos para la ejecución del trabajo (Delgado et al., 2017), implicando también, como señalábamos páginas atrás, el conocimiento del manejo del cadáver y los momentos en que podrían ser manipulados.

De los receptáculos registrados, aproximadamente el 42.86% no pudo caracterizarse con precisión debido a la falta de coherencia anatómica, lo que impidió observar las articulaciones lábiles y persistentes. En estos contextos se encontraron fragmentos aislados de huesos largos y cráneos, lo que sugiere que podrían tratarse de entierros secundarios o bien de cuerpos que fueron alterados como resultado intervenciones postmortem. Cabe precisar que, para Zacapu, Michelet et al. (2005: 148), señalan la posibilidad de que hacia el postclásico pareciera que los entierros no necesariamente se señalaran en la superficie de manera adecuada, lo que generaba la alteración de los cuerpos sepultados producto de la remoción del suelo.

En contraste, el 57.14% restante mostró un grado suficiente de conservación orgánica para identificar articulaciones, orientación, posición y asociación de los individuos con otros restos o material cultural. En este grupo, las extremidades inferiores se conservaron con mayor frecuencia, mientras que las articulaciones lábiles, como las de las manos y los pies, presentaron un mayor deterioro, sin embargo, no descartamos que esto también sea resultado de una excavación poco cuidadosa.

La diferencia en el estado de conservación sugiere que el intervalo entre la muerte y el entierro fue relativamente breve. Este patrón es común en la mayoría de los sitios funerarios de la región, probablemente influido por los altos niveles de salinidad, aunque con variaciones según la proximidad al lago. En particular, el



Figura 7. Entierro 56 de La Nopalera. Obsérvese el mal estado del material bioarqueológico, no obstante, se distinguen varios individuos (Archivo INAH Michoacán).

sitio de Barranquilla Grande, ubicado cerca de la orilla lacustre, presenta niveles de preservación excepcionales en comparación con otros asentamientos de la zona.

Del total de individuos registrados, el 24.18% –22 entierros– fueron sepultados en posición extendida, mayoritariamente en decúbito dorsal. Este porcentaje es significativo a nivel regional y posiciona a “La Nopalera” como el único sitio con una cantidad comparable de entierros en esta disposición. Estos se concentran en la Explanada del M-3 y el Patio de las Tumbas. Entre los ajuares funerarios asociados, destacan objetos que parecen corresponder al Epiclásico o Clásico Medio, como en la Tumba 7, que contenía ollas globulares con decoración antropomorfa y cajetes de café claro pulido (Macías, 1990a: 165).

Por otro lado, el 27.47% –25 entierros– de los individuos fueron depositados en posición flexionada, predominantemente en decúbito lateral, un patrón que guarda similitudes con los observados en los sitios de Tres Cerritos y La Mina. Estos entierros se localizaron en sectores como la Plaza Hundida y la Plaza Este. Estas disposiciones corporales reflejan decisiones vinculadas a prácticas sepulcrales, en consonancia con lo planteado por Dудay (1997).

La Nopalera se distingue al momento como el único sitio alrededor del Lago de Cuitzeo con tumbas rectangulares construidas con bloques de cantera dispuestas a modo de cajones y tapas de laja para albergar a los individuos, las cuales recuerdan a las “Tumbas de Caja” localizadas en la Higuera, Jalisco (Cabrero, 2020: 102) o bien a las del barrio Oaxaqueño de Teotihuacán (Casanova, 2019). Estas tumbas, ubicadas en el Patio de las Tumbas, estaban rodeadas por entierros que corresponden a distintas temporalidades, a saber, el Epiclásico y la posterior reocupación del sitio por parte de los grupos tarascos. En un estrato más reciente, sobre estas tumbas, se localizaron entierros correspondientes al periodo tarasco, como se deduce por el material cultural asociado, ejemplificado en el Entierro 56.

En cuanto a las prácticas preparatorias, los entierros secundarios proporcionan información relevante, estando presentes en la mayoría de las áreas del sitio, con amplia evidencia en la Plaza Hundida. La presencia de cráneos aislados sugiere la posible realización de sacrificios, y el hallazgo de individuos incompletos apunta, según Macías (1990a: 194), a prácticas como desmembramientos y decapitaciones.

En la Plataforma II, donde se concentran varias sepulturas secundarias, se identificaron restos de semillas de maíz y de animales (venados) con signos de exposición térmica, los cuales podrían interpretarse como ofrendas mortuorias (Macías, 1990a: 194). Sin embargo, no se encontraron indicios de prácticas postsepulcrales, como la reapertura de fosas o la reducción de los individuos depositados.

Tras la culminación de las excavaciones en Huandacareo, las intervenciones en Copándaro y al interior del vaso del lago de Cuitzeo en donde se exploraron restos de un mamut, Angelina Macías (1997b, 1998) formuló el proyecto de investigación “Cuenca de Cuitzeo” para continuar el registro de asentamientos en esta región. En este marco, inició las exploraciones en Tres Cerritos en 1984 y Barranquilla Grande en 1996, ambos situados en la zona central del Lago de Cuitzeo, en su lado norte. El análisis preliminar de estos sitios evidenció una clara filiación tarasca, sustentada por la presencia de artefactos metálicos.

Ambos sitios presentan características monumentales. Tres Cerritos, en particular, se perfila como uno de los sitios arqueológicos más complejos del lago, con un conjunto arquitectónico compuesto por basamentos y plazas con funciones administrativas y religiosas (Pulido & López, 2014: 142; Figura 3). La organización espacial de los montículos principales (M-2 y M-3) en torno a la Plaza y el Altar Central sugiere que el desarrollo del sitio estuvo articulado a partir de estos elementos centrales. A partir de los elementos arquitectónicos, inferimos que este asentamiento tuvo varias fases constructivas, y al igual que La Nopalera atraviesa por un periodo de abandono y posterior reutilización hacia el Postclásico, sin embargo, a diferencia éste último sitio, Tres Cerritos no se convierte en un centro administrativo regional.

Por su parte, Barranquilla Grande presenta una configuración arquitectónica distintiva, caracterizada por un montículo principal con forma de círculo concéntrico, complementado por tres estructuras curvilíneas intercaladas con tres alineamientos. Esta disposición pone en evidencia un diseño arquitectónico diferenciado dentro del panorama regional de Cuitzeo, pero no necesariamente de regiones como el Bajío en donde se tiene mejor documentado (Aguayo, 2017). A pesar de su proximidad geográfica, los sitios de Tres Cerritos y Barranquilla Grande presentan marcadas diferencias, comenzando por las características específicas de su arquitectura (Figura 8).

Tres Cerritos inicialmente fue identificado como un enclave Teotihuacano (), en parte por la supuesta presencia de elementos como talud-tablero en una de las fases constructivas de la Plaza Central Sur (Macías, 1997b). Notoriamente esta interpretación se da como resultado de una tendencia en considerar a los sitios del clásico como extensiones teotihuacanas, esto es como parte de un proceso expansionista de la urbe hacia otras regiones, de ahí que se ligara a ambos sitios de manera casi orgánica y no se consideraran las manifestaciones locales y la integración de elementos exógenos, no como resultado de una imposición, sino como objetos de prestigio que se mantenían bajo control de las élites locales (Filini, 2010: 53).

Así mismo, existen elementos arquitectónicos en el sitio que nos indican que, antes que las influencias del centro de México, Tres Cerritos adoptó prácticas provenientes del Bajío, este es el caso del patio hundido emplazado en el sector norte y que estratigráficamente hablando representa una de las fases constructivas más temprana del sitio. Sabemos que este elemento arquitectónico aparece en la región del Bajío hacia el 100 a. C. (Darras & Faugère, 2005) momento en el que presenta una planta circular para luego adoptar los patrones cuadrangulares y convertirse en un elemento característico de la región, para luego quedar en desuso hasta el 1200 d. C. (Cárdenas, 1996). En Tres

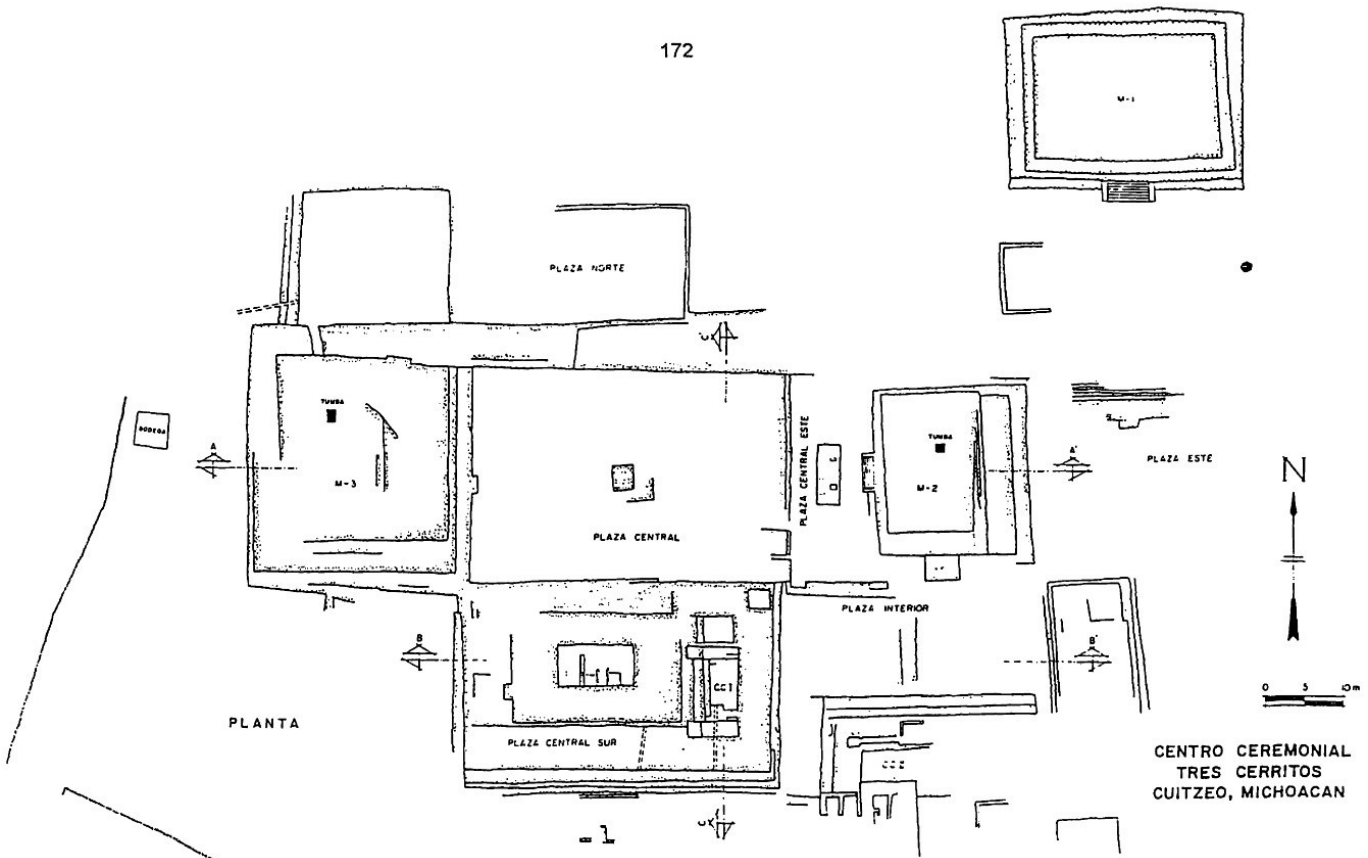


Figura 8. Plano de Tres Cerritos elaborado por Macías (1997b).

Cerritos, las consiguientes fases constructivas denotan el uso de un patrón arquitectónico en el que los edificios son colocados en torno a una plaza con un altar central, indicando así cambios relevantes en las que el patio hundido no solo queda en desuso, sino que es cubierto por las nuevas edificaciones. Lamentablemente la ausencia de una cronología basada en fechamientos absolutos nos limita por el momento a identificar el periodo en el que esto sucede.

Lamentablemente las manifestaciones funerarias que se exploraron en el sector del patio hundido de Tres Cerritos corresponden con episodios de intrusión del Epiclásico, momento en el que este espacio ya estaba fuera de uso, pero paradójicamente indican ciertos nexos con el Bajío, lo anterior es inferido por la presencia de artefactos de cerámicas rojo/bayo así como tipos esgrafiados que tienen su origen en el área del Lerma guanajuatense (Pomedio, 2016: 37).

La identificación de un patio hundido en Tres Cerritos ofrece un contexto relevante para comprender la presencia de una estructura circular en La Barranquilla Grande. Cabe precisar que en el Bajío existe un patrón en el que se conjugan elementos arquitectónicos de la llamada Tradición Bajío, en este caso los patios hundidos, con estructuras circulares, los cuales suelen estar separados desde unos pocos metros o bien estar alejados por hasta más de un kilómetro (Cárdenas, 2017: 160; Aguayo, 2017: 174). Vale la pena preguntarse si en el caso de Tres Cerritos y la Barranquilla Grande esta coexistencia representa el mismo concepto que en la vecina región abajeña; independientemente de ello, la repetición de un patrón arquitectónico nos refleja un nuevo nivel de interacción entre estas regiones, sin embargo, consideramos importante señalar que la relación entre el Bajío y Cuitzeo fue muy distinta a la que ésta última mantuvo con Teotihuacán (Filini y Cárdenas, 2007).

Respecto a las cuestiones funerarias, en Tres Cerritos identificamos casi las mismas variantes que en La Nopalera, esto es entierros directos y en tumbas colectivas, sin embargo, a diferencia de La Nopalera existen variaciones en lo que a comportamientos respecta. Este sitio, se reportaron más de 152 individuos (Macías, 1997b) siendo al momento uno de los asentamientos con mayor número de entierros explorados en Michoacán. De este universo, distinguimos cambios sociales importantes reflejados en la manera de colocar a los muertos y en cierta manera algo extremas en lo que a cambios respecta. De este modo, existen evidencias que revelan una tendencia hacia la planificación estructurada de las tumbas, como las de cámara y vestíbulo observadas en los Montículos 2 y 3, (Macías, 1997b: 418-419) que se colocan hacia el Clásico final y Epiclásico, así como un aparente desorden en los entierros que datan del Postclásico.

El 59.59% de los cuerpos fue depositado en posición flexionada, predominando las posturas en decúbito lateral y dorsal, con variantes hacia los lados izquierdo o derecho. Los entierros primarios directos, en los cuales los cuerpos fueron colocados intactos en su lugar final, constituyen el 65.75% (Figura 9). Estos entierros se concentraron en los montículos M-1 y M-2, así como en la Plaza Interior y la Plaza Norte. En contraste, los entierros secundarios, que implican la reubicación de los restos, representan el 15.07%, con una mayor presencia en el M-3 y la Plaza Interior.



Figura 9. Entierro de un infante. Es notoria el rompimiento de los muros del edificio para su colocación (Fuente: Archivo INAH Michoacán).

Aunque predominan los entierros individuales, también se han registrado casos de entierros múltiples (Figura 10). Los sistemas de enteramiento del sitio denotan distintas maneras de colocar a los difuntos y sus variaciones a lo largo del tiempo. Es de resaltar la gran cantidad de individuos enterrados entre los escombros de los edificios ya abandonados. Es notorio que durante este periodo no necesariamente existe una norma en el acomodo de los cuerpos, además de en algunos casos la ausencia de ofrendas en algunos de ellos resulta notoria.

En Tres Cerritos, el análisis de los entierros documentados durante las temporadas de excavación cinco y seis, realizadas entre 1989 y 1990 (Macías, 1989: 27; 1990b: 43), revela una conservación notable de los huesos largos de las extremidades inferiores. En la mayoría de los individuos, estas estructuras muestran

articulaciones persistentes. Algunos casos presentan desplazamientos, lo que sugiere que los cuerpos fueron colocados en espacios vacíos, como se observó en el entierro 15 (T VI) del Centro de Control y Gobierno.

En Tres Cerritos, al igual que en "La Nopalera", se observa una tendencia hacia la predominancia de individuos adultos y ancianos en el registro funerario. Aunque los entierros infantiles están presentes, su número es significativamente menor, lo que sugiere diferencias en el acceso a ciertos tipos de sepulturas. Este patrón se refleja en la ausencia de ajuars funerarios en la mayoría de los entierros infantiles, lo que podría indicar un tratamiento diferencial hacia este grupo etario.

A pesar de las particularidades de La Barranquilla Grande fue clasificado como asentamiento de génesis tarasco, en parte producto de los entierros y sus ofrendas ahí localizados. En el caso de Tres Cerritos, si bien se identifica una ocupación durante el Clásico, éste se explica como resultado de la expansión teotihuacana en el área, para luego ser abandonado y reocupado por los tarascos. No obstante, algunos autores ya habían señalado la inadecuada identificación de los periodos de ocupación en diversos sitios del lado norte del Lago de Cuitzeo, subrayando la necesidad de revisar las cronologías asignadas para obtener interpretaciones más precisas (Cárdenas, 1996; Aguayo, 2019).

Es crucial abordar esta problemática en futuras investigaciones, ya que el reconocimiento de ocupaciones tempranas permite comprender mejor la variabilidad en los patrones funerarios de la región y su evolución a lo largo del tiempo. Además, este análisis facilita la exploración de las interacciones que surgieron con la presencia de nuevos grupos étnicos en etapas más tardías. Por ejemplo, la arquitectura y la cerámica de Barranquilla Grande podrían reflejar un posible periodo temprano de ocupación, lo que destaca una tendencia recurrente en varios sitios del lago: la reutilización de espacios en periodos posteriores.

Afortunadamente, Barranquilla Grande cuenta con un informe integral de excavación y un registro fotográfico adecuado, lo que facilitó el proceso de caracterización para este estudio. Macías (1998) identificó aproximadamente quince entierros, de los cuales siete se concentraron en las estructuras A y B, que consisten en muros circulares que conforman un montículo central. Los restantes se localizaron dispersos hacia el sureste, asociados a estructuras curvilíneas como C, E y G (Macías, 1998: 36). Sin embargo, cabe precisar que estos eventos implicaron el rompimiento de los muros de las etapas más tempranas.

En contraste, en Barranquilla Grande, aproximadamente el 33.33% de los individuos estaban desarticulados y carecían de coherencia anatómica. No obstante, los diez restantes se hallaron en un estado de conservación excepcional, lo que permitió observar cómo las estructuras orgánicas mantenían las articulaciones intactas. El 60% de los individuos fueron enterrados en



Figura 10. Entierro colocado sobre uno de los muros del M1. (Fuente: Archivo INAH Michoacán).

posición flexionada, a excepción de los entierros ocho y quince, que estaban en posición extendida. Aproximadamente siete individuos mostraron el colapso de la caja torácica, con costillas desplazadas debido a la acción de la gravedad. En cuanto a las articulaciones lábiles, la mayoría de los individuos perdió las partes distal y proximal de pies y manos, aunque los entierros cinco y trece conservaron estas estructuras.

Por otro lado, se identificaron cinco entierros secundarios, compuestos principalmente por fragmentos de huesos largos y cráneos, sin evidencia de articulaciones lábiles preservadas. En términos de orientación, Macías (1998: 52) señala que siete de los entierros primarios estaban orientados hacia el oeste, dos hacia el este, uno hacia el norte y otro hacia el sur. Los individuos estaban distribuidos en las estructuras sin una concentración aparente.

Respecto a las prácticas funerarias, los preparativos de los receptáculos en Barranquilla Grande son particularmente simples. Por ejemplo, en uno de los dos entierros en posición extendida, el entierro número ocho, localizado en el acceso de la estructura A (la edificación central del conjunto arquitectónico), no se observa evidencia de una preparación elaborada en el espacio de depósito. La fosa parece haber sido rellenada con tierra, lo que ocasionó el mínimo desplazamiento del cuerpo. Este procedimiento posiblemente contribuyó a la compactación de una olla asociada al difunto, lo que resultó en la pérdida de su asa. Entre las piernas, a la altura de los fémures distales, se encontraron pequeños fragmentos óseos cuyo origen —animal o humano (neonato)— no ha podido determinarse debido a su deterioro.

En Tres Cerritos, destaca la presencia del M-3, identificado como una estructura funeraria (Macías, 1997b: 170). Esta interpretación se basa en la elevada concentración de entierros encontrados en su interior —33 entierros— y en la dedicación observada en la construcción de los receptáculos. Se considera que la edificación del montículo pudo haber coincidido con la construcción de estas sepulturas. Otro ejemplo relevante es el M-2, que presenta un vestíbulo de planta cuadrangular con un escalón perimetral en su parte superior. En este espacio se localizaron accesos a cuatro cámaras funerarias (Macías, 1997b: 153).

Entre las prácticas sepulcrales documentadas, se han encontrado evidencias de posibles actos sacrificiales. En Barranquilla Grande, el entierro número cinco muestra una fractura en el hueso parietal, que posiblemente se produjo al momento del fallecimiento, ya que no presenta signos de regeneración. Además, se identificaron dos perforaciones circulares alineadas en la parte superior e inferior del hueso. En Tres Cerritos también se ha documentado evidencia de posibles prácticas sacrificiales, observándose posiciones anatómicas irregulares que sugieren que los cuerpos pudieron haber sido arrojados, como lo indican las contorsiones posturales observadas.

Asimismo, se registró el uso de cinabrio como elemento decorativo en los cuerpos, como en el caso del entierro 19 (Macías, 1997b: 239). Aunque no es posible determinar con certeza si el cinabrio fue aplicado inmediatamente después del fallecimiento o en un momento posterior, su presencia es significativa. En Barranquilla Grande se observa un fenómeno similar en el entierro ocho, que contenía restos de un pigmento rojizo, posiblemente la única evidencia de preparación del cadáver (Macías, 1998: 44). Este entierro también incluyó materiales culturales asociados a la cultura purépecha.

En cuanto a los objetos funerarios, en Barranquilla Grande predominan los tallados en concha y hueso, seguidos por artefactos cerámicos como ollas con asa y vertedera, pipas, entre otros. Los objetos metálicos son relativamente escasos. Estos elementos han sido encontrados en contextos funerarios similares en "La Nopalera" y Tres Cerritos, todos vinculados a periodos de ocupación tarasca. Las ollas suelen encontrarse cerca de la cabeza, generalmente hacia el lado derecho, y las pipas a la altura del pecho, cerca de las manos.

En Tres Cerritos, también predominan los objetos de concha y hueso, seguidos por elementos líticos, y luego las piezas cerámicas como cajetes y vasijas. Sin embargo, es destacable la presencia de objetos metálicos que no parecen estar relacionados con las piezas comúnmente asociadas con la ocupación purépecha del sitio. Esto resulta especialmente interesante, ya que estos materiales suelen vincularse en otros contextos funerarios del Lago de Cuitzeo con vasijas de asa estribo o puente, cajetes con soportes y ornamentos de concha, en este caso el vínculo es con malacates y huesos de animal.

En cuanto a las prácticas postsepulcrales, aunque no hay evidencias claras debido a la falta de descripciones detalladas en algunos contextos, se infiere la posible reutilización de recintos funerarios tempranos por grupos tarascos en épocas posteriores. Un ejemplo de esto se observa en el M-2 de Tres Cerritos, donde se encontraron materiales de filiación tarasca junto con figurillas que presentan características teotihuacanas (Macías, 1997b: 213).

En Barranquilla Grande, la identificación de prácticas postsepulcrales es limitada. Se documentaron cinco entierros secundarios, exhumados previamente y luego depositados en estos espacios funerarios. Aunque no se observó un patrón definido en la ubicación de estos entierros, la mayoría se concentra en el sector sur del sitio, más allá de las estructuras principales.

En el lado norte del Lago de Cuitzeo, los sitios "La Nopalera", Tres Cerritos y Barranquilla Grande destacan por su alta densidad de contextos funerarios, en contraste con el lado sur, donde los entierros son menos frecuentes y la monumentalidad arquitectónica está menos representada. Sin embargo, algunas prospecciones han identificado sitios nucleados con estructuras deterioradas en esta área (Pulido Méndez et al., 1996: 80).

Hacia el suroeste, se encuentra Copándaro de Galena, un asentamiento identificado durante un salvamento arqueológico (Macías & Cuevas, 1988: 141). Este sitio reveló un entierro múltiple de dos individuos en posición ventral flexionada. No obstante, el análisis de los restos óseos se ve limitado debido al avanzado deterioro de estos, atribuible a su ubicación en el casco urbano, específicamente en una vía principal alterada por construcciones adyacentes.

Tabla 2. Balance global de los principales contextos funerarios en el Lago de Cuitzeo.

Sitio	Nro. de entierros	Períodos de ocupación	Tratamiento del cuerpo			Materiales asociados	Fuente
			Posición	Orientación	Receptáculo		
"La Nopalera"	91	Clásico, Epiclásico y Postclásico	Primarios en su mayoría. Flexionados y extendidos en cantidades similares, siendo mayoritarios los extendidos en decúbito dorsal y los flexionados en decúbito lateral, seguidos por decúbito dorsal	La orientación generalmente es del este al oeste y del oeste al este	En su mayoría directos. Tumbas muy elaboradas y fosas sencillas	Cajetes, cuentas, malacates, aros de metal, cascabeles de cobre, restos de pescado, ollas, bezotes de obsidiana, pinzas, agujas, punzones, puntas de proyectil, hueso de venado, navajas prismáticas, pulidores, vasijas, figurillas en concha y barro, patojos, metates, molcajetes y manos, pipas, placas de piedra verde, turquesas, espejos, cántaros, aros de concha, floreros, recipiente de piedra verde, espátulas de hueso, objetos de cal, objetos de pizarra, pendientes, orejeras de piedra verde, fragmentos de cerámica, lítica y metal	(Macías Goytia, 1990a, 1997a, 1997b)
Tres Cerritos	146	Clásico y Postclásico	Primarios en general. En su mayoría flexionados, a excepción de algunos extendidos, en decúbito lateral (izquierdo y derecho indiscriminadamente), en menor medida dorsal y poco común ventral	Variada, en todas los puntos cardinales sin un patrón aparente	La mayoría directos. Tumbas elaboradas y fosas sencillas	Cascabeles, arillos, vasijas, ollas, cajetes, bezotes, navajillas prismáticas, discos de pizarra, cuentas, pipas, malacates, jarra, caracoles, pectorales, punzones, núcleo, remate de bastón, tapaderas, sahumerios, cuchillos, pendientes, puntas de proyectil y perros	(Macías Goytia, s. f., 1988, 1989, 1990b, 1997b, 1997a)
Barranquilla Grande	15	Clásico y Postclásico	En su mayoría primarios flexionados, en decúbito ventral, a excepción de dos extendidos directos y algunos secundarios	La orientación generalmente es al oeste. Solamente uno al norte	Todos directos. Fosas sencillas	Fragmentos de cobre, ollas de asa estribo, fragmentos cerámicos, pipas y conchas	(Macías Goytia, 1998)
Copándaro	2	Postclásico	Flexionados en decúbito ventral	No identificada	Directos. Fosas sencillas	Bezote de obsidiana con placa de tumbaga, dos cajetes con soportes tipo sonaja, un malacate, una vasija con asa estribo y doble vertedera, pinza de cobre	(Macías Goytia & Cuevas García, 1988)
La Mina	7	Epiclásico	En su mayoría flexionados, en decúbito lateral derecho. Primarios directos	La orientación es hacia el oeste y el este	Directos. Fosas sencillas	Plato, orejeras, vasija, tiestos, cajete y perros	(Aguayo Haro & Quiroz Castañón, 2020)

Las prácticas funerarias en Copándaro de Galena incluyen entierros en fosas simples, típicos de la región. Aunque los restos óseos se encuentran fragmentados, se ha identificado el uso potencial de fibras vegetales para formar petates, envolver los cuerpos o crear bultos mortuorios, como lo sugieren las pátinas metálicas que preservaron fragmentos de fibras (Macías & Cuevas, 1988: 141).

No se dispone de datos precisos sobre el período de inhumación, lo que dificulta determinar si los individuos fueron depositados simultáneamente en la misma fosa, en entierros separados, o si la compactación de los restos se debió a alteraciones causadas por el desarrollo urbano. Según el desgaste dental observado, Macías y Cuevas (1988: 141) sugieren que ambos individuos eran de edad avanzada.

El análisis de las prácticas funerarias en Copándaro sugiere que el sitio corresponde al periodo Postclásico, lo cual es relevante, ya que el sitio más cercano registrado, M-48 Copandarito (Pulido et al., 1996), ubicado a menos de 900 metros al noreste, pertenece al periodo Formativo. Este sitio está rodeado de otros asentamientos como M-54 Ejido Copándaro, M-8 Santa Rita, M-18 Canoas, M-19 Mesa de la Yacata y M-17 Mesa del Encino, fechados en el periodo Epiclásico. La distribución de estos asentamientos, junto con los contextos funerarios revisados, sugiere un aumento en la ocupación de las sociedades tarascas durante un periodo tardío.

Por último, el sitio arqueológico "La Mina", ubicado al sureste del Lago de Cuitzeo, ha recibido escasa atención en la literatura arqueológica, a pesar de su reciente descubrimiento y la valiosa información que aporta sobre los patrones funerarios en la región lacustre. Durante una intervención en una escuela secundaria, se excavaron al menos cuatro individuos —Y se rescataron siete— acompañados de ofrendas funerarias (Aguayo & Quiroz, 2020: 2).

El asentamiento carece de arquitectura monumental, lo que sugiere que las construcciones eran de materiales perecederos (Aguayo & Quiroz, 2020: 4). Los materiales de superficie, junto con el análisis de fragmentos cerámicos asociados a uno de los entierros, permiten datar el sitio en el Epiclásico, alrededor de 600-700 d.C. Cabe destacar que "La Mina" es el único sitio en esta región lacustre que no muestra evidencias de ocupación postclásica.

Lamentablemente, los entierros en "La Mina" fueron saqueados previamente, lo que causó un considerable deterioro de los restos óseos (Aguayo & Quiroz, 2020: 3). Sin embargo, se logró observar la posición y orientación de los cuerpos en los entierros uno, dos y tres. Las alteraciones tafonómicas causaron desplazamientos en los huesos, afectando las articulaciones persistentes y provocando la pérdida total de las lábiles. Los análisis sugieren que la mayoría de los entierros correspondían a inhumaciones primarias.

Un aspecto notable de los entierros en "La Mina" es la presencia de perros juveniles como acompañantes funerarios, un fenómeno único en el Lago de Cuitzeo. Algo similar fue identificado en los entierros dos y tres de la temporada de excavación VIII en Tres Cerritos. Sin embargo, la diferencia radica en la falta de vínculos directos entre los perros y los individuos en los contextos funerarios de Tres Cerritos, ya que los caninos fueron hallados aislados en fosas particulares y se trataba de perros adultos (Macías, 1997b: 441).

Uniando datos, tejiendo interpretaciones: El Lago de Cuitzeo en el escenario mortuorio

La muerte, un fenómeno universal, ha sido representada en diversas culturas como un estado transitorio o una transformación del ciclo vital (Ceriani Cernadas, 2001, p. 327). Se concibe como un descanso prolongado o una entrada al reino de los antepasados, rechazando la idea de aniquilación, pero reconociéndola como un evento inevitable. Los rituales funerarios refuerzan estas nociones al contrastar el cuerpo vivo con el cuerpo inerte, simbolizando una alteración del orden natural de la vida (Ceriani, 2001: 327). Marc Augé (1988: 30) explica que el rito es el elemento que configura la interpretación cultural de la muerte, definiendo la posición del difunto y su recuerdo en la memoria colectiva.

En este sentido, "el cadáver es referencial, el signo al que se le atribuyen significados que ayudan a sustentar las creencias sobre la vida y su desaparición... generando en todas las sociedades diversas formas de tratamiento y de evacuación que tienen su expresión simbólica en la conducta ritual y en el culto a los muertos" (García, s. f.: 51). Así, la variabilidad en el proceso mortuorio se presenta como una constante, determinada por las particularidades locales de cada sociedad. En este proceso de identificación, es necesario situar los patrones temporales a partir de los ritos expresados en la materialidad.

Siguiendo a María Teresa Cabrero (1995) y en el marco de la propuesta de abordaje contextual de Duday (1997), el análisis de las variables mortuorias permite aproximarse a costumbres funerarias comunes y a las posibles manifestaciones de contactos culturales con otros grupos humanos. A partir de la pregunta problema del artículo, y observando los sitios del Lago de Cuitzeo, se evidencia cómo la conducta funeraria refleja una ligera variación hacia los períodos de ocupación en el Postclásico tardío, resultado de la alteración en la expresión simbólica local debido a la influencia de grupos externos. Este fenómeno refleja también categorías de diferenciación social que se mantienen como una constante temporal y la reocupación de los espacios destinados a ritos fúnebres.

En los sitios revisados en este trabajo, se pueden identificar elementos que indican una tradición funeraria local influenciada por factores externos, en su etapa temprana por el Bajío y Teotihuacán, y en su etapa tardía por el Centro de Michoacán. Cabe destacar la variabilidad observada en los distintos asentamientos que rodean el lago. De los aproximadamente doscientos sesenta y un receptáculos documentados, las prácticas sepulcrales varían considerablemente, lo que deja en evidencia una demarcada diferenciación en el patrón funerario.

La diferenciación cronológica de los contextos se determinó a partir de los estudios realizados previamente por Aguayo (2019) en La Nopalera, quien identificó cerámica del Clásico en el Patio de las Tumbas con influencia del Bajío; Filini (2010) en Tres Cerritos, quien revisó la cerámica local y observó una influencia significativa de Teotihuacán; y los recientes hallazgos en estos sitios, en el marco de excavaciones intensivas realizadas por Robles y Landa en 2012 (Aguayo, 2019).

En cuanto a los espacios tempranos, es posible observar una marcada diferenciación sepulcral influenciada por la estratificación social, como se evidencia en Tres Cerritos y Huandacareo, en contraste con La Mina. En estos primeros sitios, se destaca una tendencia a la preparación elaborada de los receptáculos mortuorios en dos modalidades: Tumbas rectangulares de laja y Tumbas de cámaras múltiples, mientras que en La Mina se encuentran elaboraciones más simples, tales como fosas múltiples e individuales, cuya forma parece responder a la posición de los individuos, según Aguayo y Quiroz (2020: 15), esto indica que "entre ellos no existen elementos que marquen un mayor rango ni elementos asociados a roles de género".

La distribución de estos receptáculos elaborados dentro de los sitios monumentales parece concentrarse en espacios destinados específicamente para la cuestión funeraria, lo cual puede deducirse a partir de los estratos registrados por Macías (1990a, 1997b). Estos estratos corresponden a las primeras etapas constructivas del sitio. En Tres Cerritos, por ejemplo, los contextos funerarios tempranos parecen situarse en el M-3 y la Plaza Norte. En "La Nopalera", una interpretación similar puede derivarse del material asociado al Patio de las Tumbas, la Explanada del M-3, la Plataforma II (Aguayo, 2019), la Plaza Este y la secuencia arquitectónica del sitio.

A partir de los sectores con un registro claro de ocupación temprana, se observa una preferencia por ubicar a los individuos de manera flexionada, generalmente en posición dorsal o lateral, independientemente de la complejidad del receptáculo. Este patrón es particularmente evidente en Tres Cerritos y en La Mina. Sin embargo, en La Nopalera, este fenómeno presenta una variabilidad considerable, con una tendencia predominante hacia la posición extendida dorsal en los receptáculos elaborados, encontrándose en una cantidad similar a los individuos flexionados.

La mayoría de los receptáculos fueron rellenados, lo que no solo refleja un bajo porcentaje de desplazamiento en los individuos articulados, sino también los niveles de compactación que fragmentaron las piezas cerámicas presentes en la mayoría de este tipo de entierros.

Los entierros primarios directos son predominantes en los sitios tempranos, mientras que los entierros secundarios se encuentran en condiciones deterioradas, lo que dificulta realizar interpretaciones más integrales. No obstante, la proporción de entierros secundarios parece similar a la de los primarios, aunque se desconoce si esta proporción es un resultado de un deterioro natural dentro del proceso taxonómico. Gracias a la buena preservación de las articulaciones lábiles y persistentes, se puede hipotetizar que estos entierros fueron realizados en un breve lapso tras el momento del deceso, sin evidencia de prácticas relacionadas con un proceso activo o pasivo de descarnación.

En cuanto a la elección del ajuar funerario, se considera necesario realizar investigaciones más profundas para establecer una cronología precisa. Sin embargo, según el criterio adoptado en el presente documento, es posible

inferir que la selección de artefactos para los receptáculos funerarios tempranos incluye una amplia variedad de piezas talladas en concha y hueso, principalmente cuentas; artefactos líticos como navajillas prismáticas, puntas, cuentas y placas de turquesa, entre otros; y una considerable cantidad de cajetes cerámicos, algunos con soportes cónicos, bases anulares y otros sin ellas.

Por otro lado, los receptáculos que se atribuyen a ocupaciones posteriores son mucho menos numerosos que los contextos funerarios tempranos. La cronología relativa de estos receptáculos se determina principalmente por la presencia de cerámica tarasca y metal, lo que sugiere una asociación con una misma procedencia. Esta variabilidad mortuoria refleja pequeños cambios que se evidencian en los patrones funerarios.

La diferenciación social sigue siendo una variable clave en las ocupaciones purépechas, como lo demuestra el ajuar funerario ostentoso observado en otros contextos de este grupo poblacional, particularmente en lugares como Tzintzuntzan (Núñez & Martínez 2010: 300). Los objetos característicos incluyen bezotes de obsidiana con incrustaciones de metal o lítica, cajetes trípode miniatura y patojos, entre otros. Estos indicadores se han observado en sitios como La Nopalera, Tres Cerritos, Barranquilla Grande y Copándaro de Galeana.

Los receptáculos que comparten estas características suelen ser de poca elaboración, generalmente fosas simples excavadas a la medida del individuo. Una excepción es el Entierro 37 de La Nopalera, que corresponde a una Tumba de Tiro con material del Postclásico, junto con material de asociación clásica (Aguayo, 2019), lo que sugiere la posibilidad de una reutilización del espacio funerario. Este fenómeno no sería raro, ya que en Tres Cerritos también se han encontrado contextos que presentan cerámica con decoración teotihuacana y tarasca de manera simultánea.

Esto sugiere una tendencia a la reutilización de espacios mortuorios hacia el Postclásico, fenómeno relacionado con el culto a los ancestros, como ha señalado Aguayo (2019), y que se evidencia en el Lago de Cuitzeo con la llegada de la ocupación tarasca.

La preferencia por los entierros individuales sigue siendo predominante, especialmente en Tres Cerritos y Barranquilla Grande, aunque Copándaro de Galeana y La Nopalera presentan excepciones con contextos de entierros múltiples que equivalen a los individuales, ubicados en sitios como el Patio Hundido, la Explanada del M-3 y el Patio de las Tumbas.

Los contextos funerarios tardíos de Barranquilla Grande están distribuidos por toda la estructura, lo que interrumpe la organización de los muros. Un ejemplo de esto es el Entierro 8, encontrado en el acceso a la estructura A. En Tres Cerritos, los entierros tardíos se concentran en el M-1, M-2 y la Plaza Central. En Copándaro de Galeana se ha encontrado un solo receptáculo funerario. En La Nopalera, los contextos tardíos se localizan en la Explanada del M-3, el Patio de las Tumbas, la Plaza Hundida, Trinchera I (Centro Ceremonial) y la Plataforma II.

En cuanto a la disposición de los individuos en los entierros, parece haber una preferencia por ubicarlos en posiciones extendidas, ya sea en decúbito ventral o dorsal, como se observa en varios entierros de La Nopalera. Este patrón también se encuentra, aunque de manera menos pronunciada, en Barranquilla Grande. Sin embargo, en Tres Cerritos y Copándaro de Galeana, la mayoría de los entierros presentan una posición flexionada en decúbito ventral o lateral.

Las fosas simples utilizadas para estos enterramientos, las cuales fueron rellenadas completamente sin dejar espacio vacío, permitieron la conservación de las articulaciones lábiles y persistentes. Este tipo de enterramiento favoreció la compactación de la caja torácica debido al efecto de la gravedad y el peso de la tierra, lo que también causó la fragmentación de los elementos cerámicos. Los entierros primarios y secundarios parecen ser equivalentes en número. En el caso de los segundos, es frecuente encontrar cráneos aislados y extremidades inferiores desarticuladas, así como huesos largos ranurados.

La presencia de metal en los contextos funerarios y sus propiedades de corrosión han permitido la preservación de fragmentos de fibra textil en la pátina de los objetos, como sucede con un cascabel encontrado en La Nopalera y una pinza en Copándaro de Galeana. Esto sugiere la posibilidad de que algunos de estos entierros no hayan sido directos, sino más bien indirectos, realizados sobre tepetates o cubiertos por algún material corporal. Un fenómeno similar fue observado con un pequeño cascabel y dos hachas de metal encontrados en Tzintzuntzan (Franco Velázquez et al., 1992: 52).

Finalmente, los artefactos metálicos como cascabeles, pinzas, aros, punzones, agujas, hachas, prendedores y otros objetos decorativos, ocupan un lugar preeminente en el ajuar funerario. Estos son seguidos por los artefactos cerámicos típicos de los tarascos, como los cajetes trípode policromos miniatura, patojos, pipas y vasijas con asa estribo y vertedera. Además, se encuentran objetos de concha, como cuentas; huesos de pescado y venado; y elementos de lítica tallada, destacando el icónico bezote de obsidiana con incrustaciones de piedra semipreciosa y metal.

A modo de cierre, se puede sugerir que la revisión de la variabilidad funeraria permite aproximarse a periodos de influencia expresados en las prácticas sepulcrales, dando paso a la interpretación de posibles cambios sociales relacionados con el sincretismo y la adaptación local. Cuestión observada con la influencia externa en los rituales funerarios en la región del Lago de Cuitzeo, donde los ajuares y las disposiciones funerarias reflejan una integración de nuevas costumbres y creencias vinculadas a la cultura tarasca hacia el Postclásico tardío.

Siendo enfática la reutilización de espacios funerarios, por ejemplo, lo cual puede interpretarse de diferentes maneras, dependiendo del sitio. En el caso de La Nopalera, es el asentamiento que expresa mayor recibimiento de esta ocupación, lo cual podría estar relacionado con el periodo de abandono sugerido hacia el Postclásico temprano. A diferencia de Tres Cerritos y Barranquilla Grande, donde la presencia purépecha es más modesta y reducida,

considerando procesos de resistencia o desinterés por la localización.

Por otro lado, también es posible sugerir que la reutilización de espacios funerarios podría estar relacionada con una jerarquización social en términos de poder y acceso a los rituales funerarios. Al emplear lugares ya establecidos para los enterramientos, la nueva ocupación puede estar resaltando su control o dominio sobre ciertos territorios, al tiempo que reafirma una relación simbólica con los ancestros de esos lugares. Este fenómeno podría estar vinculado a un proceso de legitimación del poder político y religioso, donde la continuidad de las prácticas funerarias, aunque modificadas, refleja un vínculo con los orígenes y el pasado de las comunidades locales. En este sentido, dicho fenómeno no solo tiene un significado simbólico, sino también una dimensión de control social y cultural, donde los tarascos reinterpretan y redefinen el significado de la muerte y la relación con los antepasados.

Cabe mencionar que la revisión aquí realizada, pretende abordar en términos globales los contextos funerarios hallados en el Lago de Cuitzeo. Considerando las potenciales interpretaciones que quedaron pendientes por desarrollar, se espera dar continuidad al presente artículo en futuros proyectos.

Referencias

- Aguayo-Haro, R. (2019). Notas para el estudio del Huandacareo Prehispánico. En Huandacareo tiene palabra: Heroísmo, trabajo y valores (pp. 17-45). H. Ayuntamiento de Huandacareo.
- Aguayo Haro, R. (2017). Los edificios circulares en el Bajío: de la presencia y convivencia al legado de una antigua tradición cultural. En E. C. (Editor), Migraciones e interacciones en el septentrión mesoamericano. Zamora, Michoacán, 169-186: COLMICH.
- Aguayo Haro, R., & Quiroz Castañón, H. (2020). Prácticas mortuorias en un poblado lacustre de Cuitzeo, Michoacán, México. *Cuadernos Temáticos de la Realidad Latinoamericana*, 15, 1-24.
- Alcalá, J. de. (2019). Relación de Michoacán/Jerónimo de Alcalá, estudio introductorio de Jean-Marie G. Le Clézio (XXXII). Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán A.C.
- Aries, P. (1975). El hombre ante la muerte. Acantilado.
- Augé, M. (1988). Dios como objeto. Símbolos-cuerpos-materias-palabras. Gedisa. <https://drive.google.com/file/d/1IFli3TX4i5246dlqXY6tRGun7R4jo0F1/view>
- Cabrero G., M. T. (1995). La muerte en el occidente del México prehispánico. UNAM, Inst. de Investigaciones Antropológicas.
- Cabrero, M. T. (2020). Costumbres mortuorias en el noroeste de Mesoamérica. *Arqueología iberoamericana*, 46, 98-110.
- Cárdenas, E. (2017). Interacción regional por medio de la arquitectura prehispánica en la tradición Bajío. En Migraciones e interacciones en el septentrión mesoamericano (pp. 151-168). El Colegio de Michoacán A.C.
- Cárdenas, E. (1996). La Tradición arquitectónica de los patios hundidos en la vertiente del Lerma Medio. En E. Williams y P.C. Weigand (Ed.), Las Cuencas del Occidente de México: época prehispánica (págs. 157-184). Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, ORSTOM y CEMCA,
- Carot, P. (2013). La larga historia purépecha. En Miradas renovadas al Occidente indígena de México (Primera ed., págs. 133–214). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas; Instituto Nacional de Antropología e Historia; Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Casanova Avendaño, A. (2019). Dos tumbas en el barrio zapoteca de Teotihuacan. *Arqueología* (58), 84-94.
- Ceriani Cernadas, C. (2001). Notas histórico-antropológicas sobre las representaciones de la muerte. *Arch.argent.pediatr*, 99(4), 326-338.
- Chapa-Brunet, T. (2006). Arqueología de la muerte: Aspectos metodológicos. *Análisis de Arqueología Cordobesa*, 1(17), 25-46.
- Darras, V., & Faugère, B. (2005). Cronología de la cultura Chupícuaro: Estudio del sitio de la Tronera, Puroagüita, Guanajuato. En E. Williams (Ed.), El antiguo Occidente de México: Nuevas perspectivas sobre el pasado prehispánico (págs. 255–282). Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán A.C.
- Delgado Darias, T., Alberto Barroso, V., Velasco Vázquez, J., & Santana Cabrera, J. (2017). La construcción del modelo cultural. El significado de los fardos funerarios y la conformación de identidad a partir de la momia. XXII Coloquio de Historia Canario-Americana, 139, 1-15.
- Domínguez Vázquez, G. (2017). Cambio climático y sus efectos en el ambiente durante el Holoceno en el Bajío. En E. Cárdenas (Ed.), Migraciones e interacciones en el Septentrión mesoamericano (págs. 27–40). Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán A.C.
- Duday, H. (1997). Antropología biológica «de campo», tafonomía y arqueología de la muerte. En El cuerpo humano y su tratamiento mortuario (pp. 91-126). Centro de estudios mexicanos y centroamericanos.

- Filini, A. (2013). La Cuenca de Cuitzeo, Michoacán: Patrimonio arqueológico y ordenamiento territorial. En Los aspectos culturales y experiencias de participación en el ordenamiento. El Colegio de Michoacán A.C.
- Filini, A. (2010). La Cuenca de Cuitzeo: Época prehispánica. En El Sistema-mundo teotihuacano y la Cuenca de Cuitzeo, Michoacán (pp. 45-54). El Colegio de Michoacán A.C.
- Filini, A., Cárdenas, E. (2007). El Bajío, la Cuenca de Cuitzeo y el Estado Teotihuacano. Un estudio de relaciones y antagonismos. En B. F. (Coordinadora), Dinámicas Culturales. Entre el Occidente, el Centro-Norte y la Cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico (págs. 137-154). Zamora, Michoacán, México: COLMICH/CEMCA.
- Franco Velázquez, F., Cabrera, R., & Torres Montes, L. (1992). Los artefactos metálicos de Tzintzuntzan, Michoacán: Su deterioro y tratamiento. Arqueología, Segunda Época (7), 51-56.
- García Hernández, A. M. (s. f.). Re-pensar la muerte: Hacia un entendimiento de la antropología de la muerte en el marco de la ciencia. Cultura y Religión.
- Gogichaishvili, A. J. (2017). First evidence of complexión dental practice about 1300 BP in Mesoamerica revealed by absolute geomagnetic intensity. Studia Geophysica et Geodaeti, 310-317.
- Gómez Chávez, S., & Gazzola, J. (2002). Presencia del Occidente de México en Teotihuacán. Aproximaciones a la política exterior del Estado Teotihuacano. En M. E.
- Gallout, Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos, Memorias de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán (págs. 563-625). México, D. F.: UNAM-IIA, HE e INAH.
- Gómez Chávez, S. (2007). Análisis de las relaciones entre Teotihuacán y el Occidente de México. En B. Fournier (Coord.), Dinámicas culturales entre el Occidente, el Centro-Norte y la Cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico (págs. 113-135). Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán A.C.-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Hernández, C. (2006). La cerámica del periodo clásico en el noroeste de Michoacán. En Á. G. Beatriz Leonor Merino Carrión, La producción alfarera en el México antiguo, Tomo II (págs. 313-334). México, D. F.: INAH.
- Macías Goytia, A. (n.d.). Proyecto Cuenca de Cuitzeo Tres Cerritos I/84 (Informe de excavación 1, p. 55). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Macías Goytia, A. (1988). Proyecto Cuenca de Cuitzeo, Tres Cerritos: Informe de la Cuarta Temporada de Excavaciones (Excavación IV, p. 29). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).
- Macías Goytia, A. (1989). Tres Cerritos Cuitzeo, Michoacán. 3C V/89 (Proyecto 3C V/89; p. 75). INAH.
- Macías-Goytia, A. (1990a). Huandacareo, lugar de juicios, tribunal (1. ed). Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Macías-Goytia, A. (1990b). Tres Cerritos Cuitzeo, Michoacán. 3C VI/90 (Proyecto 3C VI/90; p. 132). INAH.
- Macías-Goytia, A. (1997a). La arqueología en Michoacán. En La Antropología en Michoacán: Vol. II (Primera, pp. 453-500). INAH.
- Macías-Goytia, A. (1997b). Tres Cerritos en el Desarrollo Social Prehispánico de Cuitzeo [Doctorado]. Universidad Autónoma de México.
- Macías-Goytia, A. (1998). Barranquilla Grande, Cuitzeo. Investigaciones en campo realizadas en 1998 (p. 106). DICPA - INAH.
- Macías Goytia, A., & Cuevas García, M. (1988). Rescate arqueológico de la cuenca de Cuitzeo: Copándaro. Arqueología, 2, 137-154.
- María Luisa Vázquez de Agredos Pascual, S. N. (2018). Materiality and Meaning of Medicinal Body Colors in Teotihuacan. En É. D. (Editoras), Painting the skin. Pigments on Bodies and Codices in Pre-- Columbian Mesoamerica (págs. 24-42). The University of Arizona Press.
- Michelet, D., Pereira G., & Migeon, G. (2005). La llegada de los Uacúsechas a la región de Zacapu, Michoacán: Datos arqueológicos y discusión. En L. Manzanilla (Ed.), Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México (págs. 137-153). México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Moguel-Cos, M. A. (1987). Trabajos de Salvamento Arqueológico en las Cuencas de Cuitzeo, Pátzcuaro y Zirahuén: Un intento de Interpretación Cultural [Licenciatura]. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Núñez Enríquez, L. F., & Martínez González, R. (2010). Prácticas funerarias mexicas y purépechas: El problema de la confrontación entre datos etnohistóricos y arqueológicos. Ancient Mesoamerica, 21(02), 283-306.
- Oliveros Morales, J. A. (2009). Hacedores de Tumbas en el Opeño, Jacona, Michoacán. Zamora, Michoacán: COLMICH / H.

Ayuntamiento de Jacona/Secretaría de Cultura Michoacán/INAH.

O'shea, J. M. (1984). *Mortuary Variability An Archaeological Investigation*. Academic Press.

Pereira, G. (1997). Costumbres funerarias y sociedad de Clásico tardío en la cuenca de Zacapu, Michoacán. *Arqueología*. Segunda época (18), 61-84.

Plancarte, F. (1893). Archaeologic explorations in Michoacán, Mexico. *American Anthropologist*, 6(1), 79-84. <https://doi.org/10.1525/aa.1893.6.1.02a00080>

Pollard Perlstein, H. (2007). Manual Visual de la Cerámica Prehispánica. Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán.

Pollard Perlstein, H. (2004). El imperio tarasco en el mundo Mesoamericano. *Relaciones*, XXV (099), 115-145.

Pollard, H. P. (1992). *Tariacuri's legacy: the prehispanic Tarascan State*. University of Oklahoma Press.

Pomedi, C. (2016). La cerámica incisa de El Bajío en el Epiclásico: Alfarería prehispánica del Cerro Barajas. Guadalajara, Jalisco: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, U. de G.

Pulido Méndez, S., Araiza Gutiérrez, A., & Grave Tirado, L. A. (1996). Arqueología del Norte de Michoacán. Investigación de salvamento en una carretera. Grupo Ingenieros Civiles Asociados, Operadora de la Autopista del Occidente, S.A. de C.V. y Dirección de Salvamento Arqueológico INAH.

Pulido Méndez, S., & López Wario, L. A. (2014). Diversidad cultural y variedad arquitectónica en el Michoacán Prehispánico. En *La Investigación Arqueológica en Michoacán. Avances, Problemas y Perspectivas* (págs. 137-182). El Colegio de Michoacán A.C.

Rodríguez-Corral, J., & Ferrer Albelda, E. (2018). Teoría e Interpretación en la Arqueología de la Muerte. SPAL. *Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 27, 89-123. <https://doi.org/10.12795/spal.2018i27.17>

Vázquez de Ágredos Pascual, M. L. (enero de 2009). El color y lo funerario entre los mayas de ayer y hoy. Ritual, magia y cotidianeidad. *Península*, 4(1), 61-73.

Vázquez de Ágredos Pascual, M. L. (2018). Materiality and Meaning of Medicinal Body Colors in Teotihuacan. En É. D. (Editoras), *Painting the skin. Pigments on Bodies and Codices in PreColumbian Mesoamerica* (pp. 24-42). The University of Arizona Press.

Wrem Anderson, K., & Helmke, C. (2012). Los aspectos múltiples del dios de las tormentas en el panteón y la cosmología teotihuacana. *Tláloc ¿Qué? Boletín del Seminario El Emblema de Tláloc en Mesoamérica*, 7, 3-52.



Allisong Michelle Villaquiran Mejía, Historiadora por la Universidad del Valle en Colombia y Maestra en Arqueología por El Colegio de Michoacán A.C. en México. Su investigación se enfoca en el estudio de las estrategias políticas y dinámicas económicas en sociedades antiguas mesoamericanas. Entre sus publicaciones se encuentran artículos y capítulos de libros dedicados a la divulgación del patrimonio, ritualidad prehispánica y la enseñanza de las ciencias sociales en contextos interculturales. Ha formado parte de proyectos de investigación arqueológica en Michoacán y Jalisco. Entre sus reconocimientos académicos destacan el estímulo a la mejor graduanda del programa de Historia de la Universidad del Valle y el reconocimiento editorial a su tesis de posgrado.



Ramiro Aguayo Haro, Licenciado en Antropología con Especialización en Arqueología por la Universidad Autónoma de Zacatecas y Maestro en Arqueología por El Colegio de Michoacán A.C. en México. Desde 2014 es profesor investigador adscrito al Centro INAH Michoacán. Es director del Proyecto Estudio, Sistematización, Registro, Control y Mantenimiento Preventivo de las Colecciones Arqueológicas del INAH Michoacán desde el 2020. Ha desarrollado varios proyectos de salvamento en el área de Morelia y los alrededores del área de Cuitzeo. Ha desarrollado análisis sobre diversas colecciones arqueológicas localizadas en el Estado de Michoacán.